Cuentos de Lis

honeyboo

Capítulo 1

Primera parte

00 - Carcoma

Liamed había vivido desde que era un niño rodeado de riqueza. Las islas Carótidas tenían un sistema de poder muy jerárquico, y el rey Aldor siempre se encargó de mantener el orden en su pequeño reino. Aldor y Liamed eran hermanos. Ahí residió su futuro y pronta fama. Se hizo conocer entre salones revestidos de oro por su carisma y dureza. Y por su nunca mencionado estado.

Al haber nacido último, Liamed nunca sería rey. Si Aldor moría, su corona pasaría al patrimonio de su descendencia, y si el hombre nunca tenía hijos, Brytton -el segundo hermano- heredaría el trono. Liamed creció sabiéndolo, y nunca le importó. Él a menudo se encontraba pensando que si ya era un gran trabajo el ser dueño y señor de tierras cuyos nombres le llenaban la boca y lo hacían trabarse, el ser rey sería inmediatamente peor. Tal vez no se equivocó. Él no había deseado eso para sus propios hijos, pero Aldor era ambicioso desde joven. Siempre quiso más.

Sentado frente a la ventana de su propia alcoba, observaba la nieve amontonarse en el espacio disponible para no caer al gran abismo. Podía escuchar al fuego gritar y lamentarse mientras libraba una de sus guerras de cada tarde. La primavera de Ridbard era más complicada que muchas otras del norte. Tenía un pequeño papelillo pululando entre ambas manos. Era amarillento, y en él habían un par de frases escritas que sabía no le dejarían dormir durante, por lo menos, un mes.

—¿Padre? —una voz lo hizo estremecer, pero él no se giró. Uric entendió que era una invitación a continuar hablando—, ¿padre, te encuentras bien? no has dicho absolutamente nada desde esta mañana. Has pasado horas y horas aquí encerrado. ¿Es por la misiva?

Liamed, finalmente, miró a su hijo mediano. Uric era fresco y jovial como el viento de verano -no el de Ridbard, claro-. Tenía un rostro serio pero fino, como el de quien no ha tenido que trabajar años de su vida para subsistir. La frente ancha, nariz recta y ojos despiertos, como los de un águila. Sí, le gustaba esa comparación. Le hacía pensar que había criado a un chico fuerte y con recursos. Era un joven alto y bien curtido, aunque se notaba que seguía siendo joven e inexperto. El pelo, negro y lacio, cubriendo parte de su rostro. Era un chico seguro de sí mismo y se tomaba muy enserio lo que era ser responsable de su apellido. «Él todavía no tiene ni idea de dónde se está metiendo» solía Liamed pensar. A él nunca le habían preguntado qué quería hacer en su vida y ya lo estaban vistiendo de armadura y diciéndole que ganara una guerra, de modo que

deseaba que sus propios hijos sí tuviesen la oportunidad de, por lo menos, decidir qué hacer con su vida. Parecía como si Uric ya lo hubiese decidido desde que era pequeño.

—Sí. Es de tu tío.

—¿Tío Brytton?, pensaba que estaría guardando luto por la muerte de tía Cynda.

—Es un mensaje de tu tío Aldor —sentenció.

Uric se abstuvo de hablar durante, por lo menos, medio minuto. Aldor no había sido brusco con su familia jamás. Es más, él había estado muy unido a su primo Daxtan cuando ambos eran niños. Sin embargo, un rey nunca dejaba de ser un rey, y un rey nunca hacía cosas imprudentes.

—¿Va a venir? —preguntó, para asegurarse. Las visitas sólo se producían cuando había un interés mayor de por medio. Si no, Aldor se lo habría comunicado a Liamed en aquella misiva.

—Él y su familia estarán aquí cuando la primavera termine. En el mensaje sólo ha escrito que es un tema importante que debemos tratar en persona.

Los temas importantes siempre iban acompañados de una estadía larga por parte de su tío. Y, además, traía consigo a su esposa y a su hijo, al cual siempre ordenaba quedarse en la capital desde hacía, por lo menos, diez años. Aquello no podía ser bueno, claro que no.

Liamed se levantó y puso una de sus manos en el hombro de su hijo. Debía enseñarle muchas cosas en tan solo un par de meses. Uric pronto haría la mayoría de edad y, con los años, terminaría convirtiéndose en señor de las islas de Isentheod. Debía confiar en él, y aprender a relegar parte de sus responsabilidades.

—Debemos prepararnos —le dijo.

[...]

El 23 de julio marcaba el tan esperado final de la primavera. Era verano en Ridbard, y allí los veranos tan sólo duraban un mes, por eso eran tan apreciados. Tiempo de descanso para las espesas nieves, aunque un descanso corto, pues para finales de agosto ya estarían de nuevo cubriendo los prados y laderas. El verano tampoco era demasiado asfixiante, si no más bien lozano y azul.

—Hoy antes del atardecer tendremos aquí a su Majestad. Hemos preparado el salón para un gran banquete y acomodado las habitaciones

menos modestas para la familia real —habló uno de sus sirvientes.

—Si están todos los preparativos terminados, podéis retiraros. Me sentaré aquí a esperar a mi hermano. Haced llamar a mis tres hijos, me gustaría hablar con ellos antes.

—Como ordene, mi señor —el hombre desapareció de su vista.

Liamed estaba con los brazos cruzados y un gesto nervioso en el rostro. Ver a Aldor -en esas circunstancias- después de tanto tiempo lo hacía sentirse intranquilo. Habría querido disfrutar de la primavera antes de comenzar con anticipaciones, pero no pudo hacerlo.

Después de unos minutos, unos suaves toques en la puerta captaron su atención.

—Pasad —ordenó.

La figura de su hija menor irrumpió la estancia. Carrah tenía quince años, y era rápida y escurridiza como un pequeño ratón. No había tenido tanto tiempo para invertir en ella como con sus otros hijos, pero con aquella chiquilla era fácil crear lazos y mantenerlos. Liamed estaba seguro como el diablo de que ella habría sido una increíble bailarina si hubiese nacido en la familia adecuada, pero había nacido como sobrina del rey, de modo que su destino estaba probablemente sellado en las manos de una familia de alta alcurnia que le prometería un camino hacia las estrellas con tal de obtener el honor de desposar a su primogénito con ella. Él ya lo sabía. La joven estaba moviéndose sin parar siempre. Era esbelta y, a pesar de joven, dueña de una belleza increíble. Las gentes muchas veces solían murmurar que si ya era la niña más hermosa de todo el reino, cuando creciese un poco se convertiría en todo un espectáculo. No estaban en camino de equivocarse. El cabello largo y ondulado, la piel tersa y los pómulos adornados con miles de pequeñas pecas. Los ojos grandes y soñadores, la barbilla en alto y un caminar muy impaciente. Así era Carrah.

—Uric llegará enseguida —y tal cual terminó la oración, se volvieron a escuchar los toques en la madera de la puerta, y esta se abrió de nuevo. Esa vez aparecieron dos personas en la escena: Uric, y su hija primogénita, Wendy.

Wendy siempre había sido objeto de su incomprensión y admiración. Fue su primera hija, y él nunca había conocido a nadie como ella. La chica era diferente. Tenía una belleza distinta a la de Carrah. Era ese tipo de belleza que poca gente podía apreciar en los copos de nieve que caían durante el gélido invierno, o como la belleza de las olas al romperse contra un alto acantilado. Como si fuese siquiera complicado llegar a ella. Wendy era muy delicada. Tenía ese carácter enfermizo que la había hecho parecerse

a su madre desde muy joven. Blanca y aparentemente débil, como si pudiese romperse en cualquier momento. Pero ella no era débil de ninguna de las formas. Apenas hablaba con la gente de su alrededor, era una muchacha muy solitaria y lo había sido siempre, pero capaz. Astuta como el diablo y discreta. Wendy había nacido para ser una líder. Era difícil verlo por su apagado y bajo tono de voz, pero había algo en la forma en la que miraba a los demás, como si pudiera ver dentro de ellos. No le gustaban las grandes congregaciones de ruido o gente, no le gustaba tener que confiar en personas en las que no debería confiar, pero era cordial y dulce, y se comportaba como el ángel y amparo de sus hermanos. Si había una cosa que la gente murmuraba sobre ella, era la sensibilidad que transmitían sus ojos apagados. Toda ella, de hecho, parecía apagada. No solía ser muy expresiva, pero tomaba las cargas y responsabilidades con una sorprendente pasividad que, secretamente, a veces asustaba a Liamed. Sí, a veces se encontraba a sí mismo asustado de Wendy. Porque ella era más, mucho más que serenidad y pureza. A ella la había usado, muchas más veces de las que se sentía orgulloso de contar, como una verdugo.

Pero aquellos eran pensamientos que Liamed prefería desechar.

—Ya estamos aquí —anunció Uric, poniéndose junto a Carrah, frente a él.

Wendy cerró la puerta y se quedó tras sus hermanos, observando.

—Quería haceros una advertencia antes de que vuestro tío llegue aquí. Él y yo hace tiempo que no hablamos. Dudo que siga siendo ese hombre vivaracho que conocisteis en vuestra niñez. Ahora es un hombre consagrado a su corona, así que quiero que tengáis cuidado. Un rey trae consigo tantos peligros que ni siquiera seríais capaz de imaginarlo.

—Puedo hacerme una idea —Carrah dijo, con una sonrisa tranquilizadora.

—Y aún así —insistió —os digo que tengáis cuidado —uno a uno, los tres asintieron —. Eso es todo. Hasta esta tarde.

Y aquel ambiente se disipó.

Las horas fueron veloces. El sol estaba escondiéndose para cuando caballos con estandartes reales llegaron a Ridbard.

Aldor iba escondido en una gran armadura plateada sin casco, montando su imponente caballo blanco, y tras él, la reina y su hijo, en monturas igualmente majestuosas.

La pequeña ciudad se sumió en un gran silencio mientras el ejército escolta entraba lentamente, con un aura triste, casi como jinetes

apocalípticos.

Liamed estaba al frente, con Uric y Carrah a ambos lados.

—¿Dónde está Wendy? —él preguntó, preocupado.

—Se ha quedado en la torre leyendo. No quiso bajar. Dijo que habría demasiada gente.

Liamed maldijo a los dioses por darle una hija tan insensata. No podía presentarse frente al rey de aquella forma. No importaba si era su hermano.

—Ya hablaré con ella —murmuró rápidamente, antes de acercarse a Aldor.

Ambos se encontraron, mientras la pequeña corte de Ridbard aguantaba la respiración, ansiosa.

Su hermano sonrió. Era un hombre robusto y con una barba cuidada. La mandíbula fuerte y cuadrada, y profundas arrugas asolando su rostro, posiblemente producto del estrés que acompañaba convertirse en la persona más importante de las islas del norte. Unos ojos que daban la impresión de estar siempre juzgando al resto y el porte de, irónicamente, un rey.

—Hermano —Aldor sonrió. Liamed trató de no pensar demasiado en las consecuencias de su visita y se relajó al ver al hombre actuando cordialmente.

—Su Majestad —hizo una corta reverencia y, seguidamente, ambos se dieron la mano amistosamente.

—Deberías haber venido a Mesphia a enterrar a Cynda, Liam —reprendió levemente a su hermano —. La gente habló durante meses de cómo el hermano menor no fue al funeral de la cuñada del rey. Se esparcieron rumores.

—Venga, ya sabes cómo es la corte del norte. Cuando hay algo que se sale de lo normal hablan de ello como si estuviese cubierto por un pañuelo blanco. La mayoría sólo saben qué cenarán esa noche, algunos incluso ni eso.

Aldor se rió estruendosamente.

—Espero que al menos le enviaras tus respetos a Brytton.

—Claro que lo hice. Hace años que no nos vemos, pero eso no significa que no sigamos siendo hermanos. Cynda fue una mujer muy agradable, siempre trató a mis hijos como si fueran suyos.

—¿Tú sabes —ambos comenzaron a andar hacia Carrah y Uric lentamente, sumidos entonces en su conversación —cómo murió, no?

Liamed negó.

—Brytton nunca me dio detalles y yo no se los pedí. Creí que sería irrespetuoso hurgar innecesariamente en una herida recién abierta.

—Ella —Aldor se acercó, como si estuviesen hablando de un secreto —cayó en una emboscada. Su carruaje fue asaltado. Se la llevaron a un pequeño campamento que los muy cabrones tenían ya preparado.

—Bueno, hablaremos de eso —finalizó el hermano menor —en otro momento.

Ambos llegaron a Carrah y Uric. Al lado de Aldor, se posicionaron Ewina, su esposa, y Daxtan, su hijo y el príncipe de las islas del norte. Liamed hizo una casta reverencia, pero tras ella se saludaron livianamente. Él y Ewina habían sido amigos desde niños.

—¿Te está tratando bien este verano, Liam? —la suave voz de la mujer se escuchó.

Ella era fácil de describir; el pelo, rojizo como la sangre, cayéndole en infinitas ondas. Unos negros ojos algo cansados, que observaban todo desde, aparentemente, un plano distinto al resto. Finas arrugas en su frente y la piel de los labios reseca y resquebrajada. Ewina había tenido aquel hábito desde muy joven. Con los años, su carácter se había vuelto todavía más ansioso, muy posiblemente culpa del gran peso de convertirse en reina a una edad muy temprana.

—Apenas ha comenzado, dale tiempo —corroboró él.

—Y estos son tus vástagos, ¿me equivoco? oh, claro que no. Él debe ser Uric. Te has convertido en todo un hombre —Ewina prosiguió, con el aire tranquilizador y amable que tiene la familia.

La escolta comenzó a avanzar hacia el castillo, y la pequeña multitud se disolvió lentamente.

Uric le dedicó una sonrisa con un tinte orgulloso -y secretamente asustado-.

—Y ella es mi hija Carrah. La última vez que os visteis, apenas era una niña traviesa —terminó Liamed.

Ewina acarició el cabello de la joven adolescente.

—Serás una virtuosa mujer, estoy segura —ella auguró.

Carrah se hizo pequeña en su sitio, pero no dijo nada. Liamed estuvo seguro de que le gustó el cumplido.

Aldor se acercó a su hermano menor, y murmuró en voz baja, para que nadie pudiese oírlos.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

La sangre de Liamed, congelándose. Nervioso prontamente.

Le dirigió una mirada de disculpa y seriedad.

—Se ha quedado en su torre. Lo siento.

Aldor frunció el ceño.

—Me gustaría que habláramos sobre eso, esta noche, en el banquete.

Liamed asintió.

—De acuerdo.

Y los jinetes del apocalipsis se hicieron con el control de Ridbard.

Capítulo 2

01 - Hecatombe

La música era alta y gran parte de la corte y baja burguesía de Ridbard estaba sentada en las mesas del interior del castillo.

La familia real y el señor de Isentheod estaban sentados en una mesa a parte, elevados en un pequeño altar. Charlaban despreocupadamente.

Daxtan y Uric aprovecharon para ponerse al día y Carrah se reía con alguna de sus jóvenes amigas, mientras Aldor y Liamed comenzaron una conversación, de nuevo acerca de la fallecida mujer del hermano mediano.

—Cynda iba camino de visitar a su familia en la costa Saraan cuando ocurrió —informó.

—¿Por qué Brytton no fue con ella? tenía entendido que los condes de Saraan eran unos anfitriones benévolos.

—Dijo que estaba metido en asuntos importantes. Parece que no pensó que su esposa podría ser carne de cañón para... mierda, cualquier persona con dos dedos de frente.

—¿Al menos fue una muerte rápida?

El semblante de Aldor se turbó levemente.

—Los médicos de la corte de Mesphia no son capaces de decir cuántas horas sufrió. Por lo visto, fue torturada.

A Liamed se le erizaron los pelos de la nuca. Una mujer tan buena, perdiendo la vida de una forma tan horrible. Aquel tipo de cosas le hacían temer todavía más el pobre futuro de sus hijos. Y el suyo propio.

—Pobre mujer.

—Le arrancaron la piel de sus santos dedos. ¿Has oído que la gente dice que en los dedos todo duele más?

—¿Para qué demonios se la llevaron, si no pidieron nada por ella?
—Liamed trató de desviar la conversación a un punto seguro para su estómago. Luchó en cientos de batallas y nunca se hizo a la muerte.

—Fueron gentes con banderas negras. Seguramente pensaron que matar a Cynda sería asestar un buen golpe a la familia real de las islas

Carótidas.

Liamed dejó su plato a medias.

—¿En Mesphia seguís recibiendo ataques de tropas con banderas negras?

—El último fue aproximadamente un año antes de la muerte de Cynda. Pensábamos que se habrían retirado, pero sólo fue temporal. Ewina y Arrol no quieren escucharme, pero yo creo que se están preparando para algo grande. Un rey debe estar preparado. He reforzado las tropas en el castillo y cada vez hay más escoltas para nuestros carruajes.

—Aquí en Ridbard no hemos tenido ningún problema relacionado con ellos. Todavía.

—No quiero asegurarte nada, Liamed —la voz de Aldor se puso rígida —y ojalá que yo esté equivocado. Pero si las cosas siguen así, voy a necesitar ayuda de Isentheod para defender la corona.

El hombre hizo presión en sus puños.

—¿Crees que las cosas están tan graves? —simplemente preguntó.

Aldor le dirigió una mirada que auguraba fuego y cenizas.

—Sí.

Ewina irrumpió en la conversación, ajena al tema que estaban tratando.

—¿Wendy está en Ridbard? todavía no la he visto.

Liamed consideró que aquel era un tema mucho mejor que el que estaba en los aires momentos antes.

—En los banquetes... hay mucha gente —sencillamente respondió.

—Debería de comenzar a perder su estúpido miedo pronto. Tu hija es prácticamente mayor de edad. Hemos de hablar de eso, también.

—¿De qué debemos hablar?

—De la época —Aldor anunció, aunque Liamed tuvo una fea sensación cuando escuchó aquello. Como un mal augurio —. Y de lo que traen consigo los vientos de verano. Yo no soy insistente por nada, Liam. Hay muchos motivos que me han traído hoy a Ridbard, hermano. Pero el más importante es la familia. Y la corona.

El mal augurio se expandió a toda su mente. Le empezó incluso a nublar la vista, se dio cuenta.

—¿Qué insinúas? sé directo, Aldor. A ti no te gusta dar rodeos.

El nombrado puso una de sus robustas manos en el hombro de su hermano.

—De acuerdo, pues seré directo. Quiero hablarte de la unión entre nuestras familias.

Liamed no terminó de comprender. Ya había una muy obvia unión entre ellos: eran hermanos.

—No estoy seguro de qué quieres decir.

Aldor sonrió jovialmente.

—Tu hija, Wendy, y mi hijo, Daxtan. Imagínate cómo consolidaríamos el apellido Rhy como el real de las islas del norte. Crearíamos toda una dinastía.

El hermano menor no pudo más que sorprenderse. Esa fue su emoción inicial. A esa la siguió pesar y desagradable confusión.

—¿De qué estás hablando? hay opciones mucho más fáciles y beneficiosas a tu alrededor. He escuchado que Daxtan es muy popular entre la corte femenina. Podrías casarlo con princesas de otros reinos prósperos y agrandar tus territorios. Maldición Aldor, podrías, incluso, casarlo con la princesa de las islas del sur. Esa sí que sería una gran jugada.

—No me interesan las damas de reinos de los que no conozco ni siquiera el nombre, y tampoco deseo que Daxtan contraiga matrimonio con una miembro de la realeza basílica. Todo eso me da igual. ¿Es que no me oyes, Liamed? quiero a la tuya, quiero a Wendy. He criado a mi hijo de la forma en la que lo he hecho para que ellos dos sean los dos próximos reyes de las islas del norte. Desde que ella era pequeña lo he sabido.

El hombre se molestó, pero no quiso hacérselo saber al otro. Se molestó porque el futuro de su hija, su pobre hija, se vería manchado por el oro negro de la corona. No podría, entonces, elegir nunca. Todo eso era lo único que él había querido para ella, la única de sus descendientes que siempre había sido capaz de elegir por sí misma. Y que, en realidad, ya había elegido años antes, cuando fue su verdugo por primera vez.

—¿Por qué Wendy? —preguntó solamente.

—Porque tu hija ha nacido para ser reina, Liamed. Lo sabes demasiado bien. No puedes esconderla para siempre. Estoy enterado del camino que ella había decidido tomar, y lo respeto. Imagínate lo poderosos que serían juntos. Ambos conquistarían el continente entero. La gente la adoraría, y quienes no fueran parte del reino, la temerían. Si con tan solo tararear una nana puede calmar a quien la oye, ¿de verdad estabas considerando siquiera dejarla marchar?

—¿Has olvidado que Wendy jamás será feliz siendo reina? la expondrás. Tú también la conoces demasiado bien. Ella no puede estar mucho tiempo en el punto de mira de la gente.

—Y como la conozco, sé que será capaz de soportarlo. Piénsalo bien, hermano. Seríamos la familia más importante de todo el reino. Consolidarías tu linaje.

Liamed entrecerró los ojos, asqueado. Asqueado porque, de pronto, no era, realmente, una idea tan mala. Todo quedaría a decisión de Wendy al final -porque él ya había tomado tiempo atrás la decisión de no interferir en el corazón de sus hijos-, pero era lo suficientemente listo como para ver una oportunidad dorada cuando la tenía frente a sus ojos.

—No puedo darte una respuesta inmediata, Aldor.

—Tienes un par de días. Pero recuérdalo, hermano. Ella es como mi regalo de cumpleaños, un regalo por el que he esperado mucho tiempo. Da tu consentimiento y ellos serán la pareja más poderosa que alguna vez haya pisado las islas del norte.

[...]

El banquete continuaba pisos más abajo, pero Liamed dejó de sentirse cómodo horas atrás.

Estaba subiendo las escaleras de la torre, en busca de ella. Asustado y nervioso, porque no tenía ni idea de como hablar de aquello sin hacer que pareciera algo trivial.

Un casamiento era muy serio.

Un casamiento con un príncipe, era desternillante.

Tocó la puerta. Todo parecía silencioso...

... solo que no lo estaba.

Muy al márgen de las risas y gritos del gentío del vestíbulo, la torre era

calmada y armónica. Él era capaz de escucharla a ella tararear.

Algo que solía ocurrir.

Wendy tenía aquel hábito de tararear nanas de cuna para hacer suyo el ambiente. A veces, la gente que la escuchaba solía pensar que era tétrico y aterrador. Liamed simplemente, estaba acostumbrado. Pocas veces irrumpía en la soledad de la vida de su hija mayor, ya que ella incluso tenía un torreón propio en el que apenas entraban sirvientes. Una de las muchas características que la hacían distinta de sus otros hijos.

¿Una reina podría tener un torreón para sí misma en el castillo de Mesphia? pregunta algo estúpida. Una reina podría tener todo lo que deseara. Pero nunca dejaría de ser una reina.

La voz de ella invadió sus oídos. Era suave, aterciopelada, y algo dulce.

Tocó la puerta y la voz desapareció. Abrió lentamente.

Wendy estaba sentada en una de las sillas revestidas de su habitación, simplemente viendo por la ventana. Lo único que hizo fue entornar su cara para mirarle, silenciosa.

Sus ojos, apagados y con corta expresión, analizándole. Su boca entreabierta.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

Para hablar con Wendy había que ir de puntillas.

Ella asintió.

—Cierra —dijo apresuradamente. Su voz, como estrangulada. Tenía ese tono infantil que la hacía verse mucho más inocente de lo que realmente era.

—He estado hablando con tu tío Aldor —anunció.

—El rey.

—Sí. Tu tío Aldor, el rey —se sentó en el plano camastro de ella.

—¿Y de qué habéis hablado? —ella a veces parecía no tener realmente vida mientras hablaba.

Liamed suspiró.

—Verás, no quiero poner demasiado peso sobre tus hombros —trató de atrasar el momento.

—Cuéntame, padre. Qué te está haciendo ponerte así de tenso —y, como ya esperaba, Wendy había notado de primera mano su estado.

—Él —decidió ir al grano —me ha hecho una propuesta para unir nuestras familias más de lo que ya lo están.

Wendy entendió. La forma en la que su padre le había hablado fue suficiente para comprender la magnitud de la propuesta.

Miró hacia sus piernas, pero no cambió su expresión. De hecho, si ella pensó algo, no lo reveló. Era imperturbable pero tenía ese aire, como si estuviese a punto de echarse a llorar -cosa que claramente no estaba-. Wendy parecía estar eternamente triste. Ciertamente, parecía que ella era triste individualmente. No en mal sentido, pero inspiraba ese tipo de sensaciones en la gente.

—Entiendo —fue la única muestra de vida que le dio a Liamed.

—Si no quieres hacerlo, no pasa nada. Es decir, las opciones son dos. Puedes darme tu consentimiento, y la boda se celebraría a mediados de otoño. Si dices que no, por otra parte, podrás unirte a Damaloc.

Wendy ladeó la cabeza, con una pasividad digna de un niño, como si no estuviese comprendiendo sus palabras. El hombre sabía que sí que las comprendía. A Liamed le recorrió un escalofrío la espina dorsal.

—¿Hay algo más, verdad?

Él asintió.

—Aldor cree que las tropas de bandera negra están planeando algo grande. Si es verdad, debemos estar en Mesphia. Sería lo mejor—la chica no era ciega, podía ver que había algo que inclinaba a su padre del lado de la unión. Allí estaba. Asintió, pensativa —. No quiero presionarte, pero —fue interrumpido.

—Sí —anunció ella. Era tenue como una brisa.

—¿Lo has pensado bien? —quiso asegurarse —serás reina, Wendy. ¿Puedes ver lo que eso significa? no todo son ventajas. No es lo que tú querías.

La joven le dirigió una mirada pacífica, con tintes de amargura e

infelicidad.

—Lo sé, lo entiendo. Convertirme en reina... no me hará una mujer feliz. Pero si me caso con Daxtan, estaré en Mesphia para proteger al pueblo de las tropas de bandera negra. Eso me hará feliz.

—No es tu guerra.

—No, no lo es —ella simplemente dijo. Y la conversación se terminó allí.

Liamed salió del torreón con un sabor amargo en la boca. Wendy aceptó casarse con su primo.

Sintió como si hubiese hecho mal su única función como padre; como si hubiese hecho mal en guiar a Wendy a marchar a Mesphia.

Pero entonces, fue capaz de ver el plano real, aquel que Aldor y su hija eran capaces de ver pero que él no, hasta ese momento: si atacaban Mesphia y las tropas de Isentheod no estaban allí para proteger a su rey, entonces no habría dios que los amparara.

Capítulo 3

02 - Disforia

«Llama a tus doncellas y baja un rato a la fiesta. Aldor es paciente, pero tiene sus límites, sobretodo si vas a a casarte con su hijo» su padre le había dicho antes de salir de la habitación.

—¿Deseáis usar el vestido rojo, o el vestido blanco? —Rah -su doncella- preguntó.

—El vestido rojo. El blanco es para —se miró a si misma —las bodas.

—Como deseéis. Se lo dejaré en el camastro y le daré su intimidad.

—Gracias —Wendy le sonrió, casi con marasmo.

Rah desapareció por el portón y ella volvió a quedarse sola en su torre.

Se miró en el gran espejo. El único adorno de la umbría habitación. De hecho, el castillo entero era umbrío. Ridbard nunca había sido una ciudad llena de colores.

El pelo rubio ceniza, con destellos casi rosáceos, largo y ondulado, enroscándose en su espalda. El flequillo cubriendo sus ojos, los cuales tenían una luz grisácea. La nariz, chata y formando una pequeña pendiente en su rostro. Los labios formando una fina línea.

Aquel vestido siempre le había quedado grande. La hacía verse como una niña, indefensa e inocente. Ella sí que daba esa impresión. No es como si pudiese siquiera hacer algo para cambiarlo; la gente estaba hecha para creerse lo que veía con sus ojos, y nada más.

Wendy detestaba hacerse ver demasiado. Y era un hecho gritado a voces bajas.

No obstante, hacía años que no lo utilizaba. Eso se debía a que en Ridbard apenas habían festejos, sólo nieve.

Ella ya estaba tarareando sin ni siquiera darse cuenta.

Bajó las escaleras con lentitud y, cuando llegó al salón del banquete, encontró una fiesta apenas consciente de las altas horas de la noche.

—¿Esa es tu hija?—Aldor preguntó. Le costó articular las palabras

necesarias.

Él ya lo sabía, pero hacía muchos años que no había visto a su sobrina.

Wendy tenía una belleza enfermiza, como si pudiera romperse en cualquier momento. Caminaba con las faldas del vestido entre sus manos, mientras miraba a los demás con esos ojos que transmitían candor y virginidad -y un sosiego extremo-. Ella era ajena a los demás. Andaba lentamente, se fijaba en todo y nada a la vez, parecía una niña: y luego estaba el hecho de que se veía como una muñeca. Ella parecía inanimada de verdad. Los labios rosados entreabiertos y la nariz roja como un tomate de primavera.

Se parecía a su madre.

Liamed asintió.

—Han pasado diez años.

—Y su lirismo no ha hecho más que aumentar. Enhorabuena, hermano. Has hecho que se parezca a ella.

—Yo no hice nada, en realidad. Wendy sólo creció.

Aldor asintió.

—Daxtan estará tan contento —murmuró.

Liamed miró a su hermano.

—¿Has hablado con él sobre eso?, ¿estará de acuerdo?

—¿Que si estará de acuerdo? su casamiento es un tema presente desde que tenía dieciséis años. Le dejé muy en claro que la primera opción era ella. Nunca se negó.

—Él no se negó, pero será el próximo rey. Lo más lógico es que continúe su linaje con una mujer que lo haga feliz.

Él siempre había sido consciente de las diferencias entre el carácter de Aldor y el suyo propio. Aquello no fue más que otra demostración.

—Wendy lo hará feliz. Quédate tranquilo, hermano. Conozco a mi hijo. Si no se queda prendado de ella ahora, es que ya lo estaba de antes.

Liamed no dijo más.

Wendy llegó hasta la mesa real e hizo una casta reverencia ante los reyes. Tenía el semblante serio. Daba la impresión de estar, incluso, algo somnolienta y desorientada. En ningún momento dijo nada.

Ewina le dedicó una sonrisa asombrada. Aldor cabeceó, complacido.

Se fue a sentar al lado de Carrah, en la última silla desocupada.

Probó del plato que tenía enfrente, a pesar de que no tenía siquiera hambre. Cualquier cosa sería suficiente como para distraerse del gentío de su alrededor. Tenía muchas miradas puestas en ella.

Pasaron muchas cosas aquella noche. Uric y Daxtan se rieron de algo; ella no se rió. Liamed trató de entablar conversación; ella no contestó.

[...]

—Mi señor, hemos encontrado a un informador rondando las murallas de la ciudad —el sirviente se acercó, cabizbajo, a Liamed. Le habló en susurros.

—¿Un informador?

—De las tropas de bandera negra. Es un chico joven, no sabemos si podrá llegar a la edad de su hija mayor. Ha esquivado la guardia que le perseguía, pero suponemos que se habrá internado en el bosque.

El hombre asintió, pero no dijo nada. Mientras, el sirviente se marchó.

—Aldor, mis hombres han encontrado a un posible informador. Creen que viene de parte de ellos —murmuró.

El hermano mayor le dirigió una escueta mirada antes de proseguir con su plato.

—¿Esperas que me vaya de tu propio banquete? —cuestionó, de forma soberbia.

Liamed negó.

—Nosotros iremos —asintió. Sin mediar más palabra, se levantó de su asiento y bajó las escaleras. La fiesta no cesó.

Se acercó a Wendy, quien tenía la vista perdida en algún punto de la pared del comedor. No la pilló por sorpresa. Le dijo algo al oído, y ella asintió. Ambos salieron del gran salón, y Aldor no necesitó preguntar

nada.

[...]

Era una noche oscura y sorprendentemente larga.

Wendy caminaba tratando de que su vestido no se enredara con las zarzas y las ramas caídas de los árboles.

Apenas había una blanquecina luz proveniente de la luna que les alumbraba el paso, pero habían de esquivar plantas y matojos peligrosos cada dos por tres. Adentrarse al bosque era peligroso de día. De noche, se trataba de una estúpida locura.

¿Valía la pena aquel informador? para empezar, si fuera un informador, no habría huido, si no dejado que le atrapasen. Comenzaba a sentirse impaciente.

—Hemos captado un rastro sospechoso —el jefe de la guardia informó.

—Si es listo, será un rastro falso. Si es estúpido, entonces no estará demasiado lejos —la chica intervino, con un aura angelical. Ella no se veía como si estuviese cazando a una presa.

—Deberíamos separarnos, entonces. La mitad de tus hombres que sigan ese rastro. La otra mitad, que vaya con nosotros. ¿Iba armado?

—Creemos que no es peligroso, mi señor.

—Cualquiera que se vea amenazado es peligroso —puso Wendy punto y final a la conversación.

Se hizo como Liamed había ordenado. A la cabeza del grupo, ambos, la joven tras él. La guardia, cubriéndoles las espaldas. El hombre ya sabía que era una guardia innecesaria, pero cualquier precaución en los últimos tiempos era incluso insuficiente. El informador venía de las tropas de bandera negra. Claro que sería peligroso.

Y, de pronto, un sollozo los sorprendió.

Lo tenían frente a sus narices, perdido y desesperado. No los vio. Siguió andando a zancadas, probablemente pensando que habría burlado su suerte. Liamed se compadeció de él, pero Wendy se adelantó. Ella no dijo nada, pero la guardia no avanzó tras ella para cubrirla. A veces, en el castillo, se esparcían rumores de la hija mayor. No todos eran rumores bonitos. Algunos eran reales.

Liamed también se quedó parado.

Wendy andaba oculta entre los árboles, de forma que el muchacho no pudiese ver la negra sombra que se escondía, como jugando a las escondidas. Ella sabía cómo hacer su trabajo. Comenzó una pequeña nana rondando alrededor del joven, quien cuando la oyó, se obligó a si mismo a frenar sus nerviosos pasos. Estaba aterrorizado, pero la chica no le dio el placer de mostrarse rápido. De vez en cuando trabajaba lentamente, pero era eficiente. Vaya que lo era.

Comenzó a rodearlo, como si de una trampa mortal se tratara. Todo aquello, a un paso lento y armonioso. Las prisas solo hacían de la suya una tarea menos limpia.

La nana era frágil -como ella misma- y asustó al chiquillo más de lo que ya lo estaba.

Luego, se posicionó en su espalda, para un mejor acceso. Y una mayor seguridad.

Sacó rápidamente una pequeña espada filosa que emitió un destello de luz intrépida y la colocó en la garganta del contrario, de forma que de un solo movimiento podría sentirla desgarrando la tersa piel de su cuello. Él no quería eso, así que se quedó paralizado.

—Hola —Wendy susurró. Después, sonrió con cierta lástima e, incluso, resquemor —. Estamos buscando a un chico muy parecido a ti —habló en su oreja.

La voz de la chica estremeció al otro.

—Yo no he hecho nada, por favor. Sólo, déjenme marchar —él susurró, y se hizo menudo y comenzó a llorar.

—Ya sé que no has hecho nada, tranquilo —posó su mano el lacio cabello del chico, sin pudor alguno, y trató de hacer que se calmara -aún a sabiendas de la espada-.

—Sólo me escapé de ellos porque no pienso igual, yo no he matado a nadie, por favor —siguió suspirando el joven, atinando a dejar de lagrimear.

—Te dejaré marchar cuando me ayudes un poco —Wendy relajó la mano elevada, pero no se apartó. Contrariamente, se acercó un poco más, para suspirar. Ella hablaba como una dama inocente y desvalida.

—No sé nada —exclamó velozmente.

—Algo sencillo, vamos. Dime, al menos, por qué huiste o dónde tienen su campamento, y te prometo que haré que ninguno de ellos te ponga la mano encima —aseguró, con un tinte benevolente.

El joven trató de respirar hondo.

—Las últimas semanas se las habían pasado hablando de alianzas. No escuché mucho. Algún tipo de alianza con rebeliones extranjeras, supuse. Y en cuanto a los campamentos, siempre estábamos moviéndonos. No hay ninguno en especial, seguramente ya se habrán asentado en otra parte estos últimos días —ella apretó, entonces, la espada a su cuello, como advirtiéndole —. Eso es todo lo que sé, por favor —el chiquillo estaba desesperado, suplicando como un pequeño perro acorralado.

—Lo sé. Y has sido bueno —Wendy dijo finalmente, y su voz sonó con un fino hilo afectuoso. A Liamed le dio escalofríos. Seguidamente, hizo el breve movimiento que cortó de raíz el problema, y abrió la garganta del joven, que desesperadamente trató de agarrarse el lugar de la herida, inútilmente. Cayó al suelo, inerte. Muerto.

Fue gráfico. Sangró durante un par de segundos, y aún fueron capaces de oír sonidos provenientes de los huesos de su probable tráquea rozando y creando un canto de martirio y susurros.

Wendy miró al chico y ladeó la cabeza, y su rostro dio a entender al resto la consideración que había tenido, la cercanía y la congoja -nunca expresada-. Ella se alejó del cadáver sumisa, como una pequeña niña. En realidad, aquel era, simplemente, otro más.

Liamed dejó muchas veces antes que ella hiciera el trabajo sucio, porque era sin duda una buena persona, pero mucho más que sosiego o serenidad, o cualquier cosa que a la gente pudiera transmitirle, ella tenía esa inquietante habilidad de hacer incluso la peor cosa que pudiera imaginar y no sentir asco o repulsión. Por eso, a veces, el hombre sentía miedo. Porque jamás había conocido a una persona capaz de matar a alguien con un gesto de... absolutamente nada. Había visto gestos asustados, gestos apenados, satisfechos, incluso sádicos. Pero el gesto de Wendy, era un gesto de silencio, de quietud.

Cuando recogieron el cuerpo y comenzaron la vuelta al castillo, Liamed se acercó a ella.

—No tenías por qué haberlo hecho. Tan sólo era un refugiado. Le dijiste que no dejarías que lo mataran.

La chica lo miró, mansa.

—No le dije que yo no lo haría. Podría haber vuelto a informar de nuestra situación. Podría perfectamente haber sido algún espía. Tienes al rey y a su familia en tu castillo, padre. Cualquier precaución, es necesaria —y utilizó su argumento en su contra.

Y no pudo utilizarlo mejor.

Era cierto, Aldor debía estar seguro. Gente de las tropas de bandera negra -incluso si eran refugiados- pululando por Ridbard podían solo traerle la desgracia.

Liamed sabía que aquellas situaciones complicadas en las que había que tomar una decisión forzada a veces ocurrían. Y no se lamentó. Él habría hecho lo mismo, comprendía.

Capítulo 4

03- Desprendimiento

Los días siguientes fueron todo un caos.

La estadía de la familia real en Ridbard se hizo complicada rápidamente, Aldor y Liamed se dejaron ver pocas veces. Probablemente habían estado demasiado ocupados pensando en el próximo movimiento que el enemigo haría.

Wendy no bajó a los salones al día siguiente, ni al siguiente.

Ewina se dedicó a tratar de controlar a la pequeña Carrah, con quien estableció una flagrante amistad, y finalmente Uric decidió hacer una pequeña pausa en su deber de heredero para comportarse como un joven obnubilado junto a su primo Daxtan.

Los días de verano pasaban uno tras otro con optimismo por parte de los más pequeños, y reserva para los más maduros. El final del verano auguraba una anticipada separación. El hijo mayor se quedaría como regente de Isentheod, al cuidado de la hermana menor, hasta que la boda fuera celebrada -para ese entonces ellos ya habrían partido hacia Mesphia-. Wendy y Liamed partirían hacia la capital junto a los reyes a finales de agosto.

—Podríamos usar el casamiento a nuestro favor —Aldor dijo, con cuidado.

—¿Te refieres a que ellos podrían tomarlo como una oportunidad de ataque?

—No creo que ataquen en la misma celebración, pero una boda real es un acontecimiento importante. Durará varios días. Es posible que ataquen durante la confusión de los días siguientes —aseguró.

Liamed asintió, pues estuvo de acuerdo. Las fiestas en el palacio de Mesphia eran duraderas y muy inclusivas. Mantendrían a la gente en un estado de guardia baja.

—Tal vez, si somos avispados y más rápidos, podamos tenderles una trampa.

Aldor carcajeó gravemente.

—Entonces yo pondré la astucia y tú la rapidez, hermano.

[...]

Ridbard solía ser silenciosa. La gente, en verano, salía a pasear y respirar el aire sin que sus fosas nasales dolieran, pero no duraba mucho tiempo fuera. El trabajo en la estación estival siempre demandaba más atención.

Los señores de Isentheod se dejaban ver más a menudo entre las calles, mezclándose con el gentío. Algunas veces iban seguidos de su corte y paraban todo el movimiento de las calles, y algunas otras veces sólo querían pasar desapercibidos -y lo conseguían-.

—¿Crees que tu padre se enfadará? —Daxtan preguntó cautelosamente.

—Hay dos hombres importantes en Ridbard, y precisamente mi padre no es quien debería preocuparte —Uric fue rápido y tajante. De los dos, siempre había sido el más valiente -y, de vez en cuando, también el más estúpido-.

Se embutieron en capas y subieron a las monturas.

El plan era sencillo: salir por la mañana, cuando las personas con autoridad aún estaban durmiendo, e ir hacia las calles. Jóvenes intrépidos, pero imprudentes.

—¿Vendrás a la boda? —el menor preguntó.

Uric le dirigió una mirada humilde.

—Padre dijo que enviaría una misiva semanas antes para que a Carrah y a mí nos diese tiempo llegar a Mesphia, así que lo más posible es que sí.

—Me alegro.

Pero el otro no contestó. Avanzaron en silencio durante un par de minutos.

—¿Ocurre algo? —Daxtan fue quien rompió aquella espera. Sus palabras fueron como el filo de un cuchillo.

—No, sólo estoy un poco nervioso —respondió.

—¿Es que acaso vamos a ver a alguien especial para ti?

Uric frenó en seco y se quedó callado, pero fue por angustia más que estupor. Habían muchas cosas que el chico hacía bien, él sabía, pero ocultar un gesto de inquietud no fue algo que pudieran enseñarle.

—No seas necio —le quitó importancia al asunto y volvió a trotar.

—Así que hay alguna afortunada —contraatacó el príncipe, insatisfecho. Era lo suficientemente listo como para aprovechar una oportunidad cuando se le daba en bandeja de oro.

—No hay ninguna joven en mi vida —Uric aseguró. Y, por la tajante forma en la que lo dijo, Daxtan se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad. O, por lo menos, una parte de ella.

El camino hacia las congregaciones que se formaban en Ridbard no se alargó mucho más. Fueron topándose gradualmente con, cada vez, más gentes del populacho.

Aquella era una ciudad gris. Corrían aires de verano y, aún así, en los cielos abundaban nubes oscuras. Las fachadas de las pequeñas casas eran monótonas, insípidas. Los rostros de los ciudadanos, mediocres. Pocas cosas hacían realmente correr la sangre de los que allí vivían más que un buen plato de comida. Por eso Uric gustaba de andar por aquellas calles; el castillo era, oh, el castillo era la peor parte de Ridbard. Lúgubre y tedioso, y aquellos eran solo dos adjetivos de los muchos otros que había estado pensando desde muy joven.

—En Mesphia tenemos celebraciones estivales todos los años, pero parece que aquí no mantenéis esas costumbres —comentó Daxtan, algo decepcionado. El desengaño se debió a la resuelta forma con la que su amigo le había hablado de la ciudad.

—Ridbard no es como Mesphia. Aquí no tenemos cálido sol durante por lo menos tres meses ni la gente se queda hasta altas horas de la noche para cantar y beber como borregos. Vivir aquí conlleva prepararse para los tiempos peores, y los tiempos peores se acercan. Los meses más concurridos son los primaverales, a pesar de que haya nieve.

El otro joven no sintió ofendido por la forma en la que su primo había hablado de la capital.

—Hagamos una parada, por favor —hubo de pedir, al hacerse consciente de su reseca garganta.

—Conozco una taberna cercana. Allí te servirán lo que pidas sin hacerte preguntas —insistió el mayor.

Ambos siguieron avanzando entre las calles, a pesar de la pronta hora ya concurridas, hasta que el trayecto los llevó a pararse frente a un establecimiento en el que un hombre gritaba a la posadera que,

textualmente, «trajera su culo donde él y le sirviera otro vaso de vino».

Daxtan miró a su primo, condescendiente.

—Entremos —terminó siendo él el primero en adentrarse. El otro le siguió —. Tú, muchacho —llamó la atención del aturdido joven que trataba de atender las demandas de los demás.

Se acercó a ellos y cuando vio a Uric, plasmó una afectuosa sonrisa en su rostro.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, Wil! —él exclamó, mirándole directamente.

Daxtan tragó, consternado. ¿Wil?, ¿Uric era Wil?

El mencionado "Wil" le devolvió la ansiosa sonrisa, mirando de reojo al chico sentado a su lado.

—Primo Dax —trató de presentarlo, con una exaltada y, casi histérica actuación —, este es Riccan. Su tía es dueña de la posada.

"Dax" no supo cómo desarrollar la mentira.

—Hola —sólo dijo.

Riccan hizo una pequeña reverencia y luego, tras un fugaz intercambio de miradas entre su primo y él, les preguntó si querían vino o simplemente agua. Ambos respondieron «sí» al vino. Luego, se marchó.

—Así que, ¿Wil?

—No puedo caminar por estas calles diciendo que soy sobrino del rey Aldor. ¿Sabes lo que haría mi padre conmigo si se enterara?

—No estoy juzgándote, pero, vamos —el príncipe le dirigió una jovial sonrisa —uno de los mozos de cuadra del palacio se llamaba Wil.

—Cuánto más simple, más realista.

—Pero no es realista. Venga, Uric, tú no podrías pasar por un campesino cualquiera aunque eso quisieras. No tienes el aspecto de alguien que vive al día.

—No todos tienen ese aspecto, en realidad. Fíjate en Riccan, él es atractivo, y fuerte. Fácilmente podría aparentar pertenecer a alguna familia de alta cuna —alegó Uric, disgustado.

—Parece como si lo hubieras estado pensando ya —Daxtan era astuto y rápido como un demonio cuando algo era interesante para él. Para el resto de cosas solía comportarse hastiado y con desinterés, pero si le ponías una presa bañada en oro en frente, iba a perseguirla hasta que la tuviese entre sus fauces.

El chico calló, pero no durante mucho tiempo.

[...]

«No hagas afirmaciones demasiado apresuradas» él le dijo.

Daxtan subía las escaleras del torreón, con la sensación de estar tratando de buscar el sabor a un alimento insípido. Como cuando olía algo y no era capaz de distinguir siquiera qué era.

Y pensó, y pensó, le dio vueltas, y varios días pasaron.

Y seguía sin ser capaz de entender aquella pequeña oración que había dejado su cabeza patas arriba. Apenas había prestado atención a las indicaciones de su propio padre durante aquella temporada.

Finalmente llegó a la conclusión de que debía preguntarle a alguien. ¿A su tío Liamed? claro que no. ¿A su prima Carrah? todavía era una joven ajena a esos temas. Y el único nombre encendido fue el único que había tratado de evitar y dejar al final de la lista. Había hablado con ella desde su llegada, sí, pero no de la forma en la que se supone que hablaban dos personas que estaban a punto de casarse. El pensamiento lo llenó de anticipación.

A medida que se acercaba al portón que delimitaba el final de las escaleras, él ya podía oír las nanas susurradas que Wendy emitía, sin siquiera darse cuenta.

Cuando ellos habían sido pequeños, recordaba Daxtan que su prima les cantaba para que pudiesen dormir sin pesadillas. Los años pasaron y nada había cambiado, se dio cuenta.

Abrió sin tocar a la puerta, y ella estaba sentada en una pequeña silla de madera, escribiendo algo en un papel que fácilmente podría ser una misiva. Pero, ¿a quién iba ella estar escribiendo una misiva?

—Siento la interrupción —¿él debía hablarle con honoríficos? no, claro que no, pensó después. Él era el príncipe.

Wendy paró de tararear y se giró a mirarle, apática, pero con aquellos ojos abiertos que hicieron que se le revolviera el estómago. Tenía el pelo recogido en una larga trenza y parecía algo acalorada, pues las mejillas

las tenía sonrojadas. El pensamiento de que ella parecía como un sueño translúcido recorrió la mente del chico.

—Cierra la puerta —dijo, sencillamente. Su voz salió como un pequeño hilo, para variar.

Hizo lo que le había pedido, pero se quedó donde estaba. No quiso crear una situación demasiado forzada para ambos.

—He venido para hacerte una pregunta rápida —vio como ella asentía, con desidia pero confusión —. ¿Hay algún Riccan que tú conozcas?

La pregunta fue directa pero certera.

Wendy parpadeó un par de veces, aunque no cambió de expresión. Seguidamente, entreabrió un poco la boca y ladeó la cabeza.

—¿Has hablado con Uric sobre eso?

Daxtan negó.

—Él es terco.

—Entonces no puedo decir ni hacer nada para aliviar tu desconcierto, lo siento —respondió ella, volviendo a su escrito.

—Pero —él suplicó —, permíteme al menos que conjeture.

—Parece que ya has conjeturado mucho —defendió la chica su punto, pero sin perder su tono manso y agradable.

—A eso no puedo compararlo con sospechas. Yo, no necesito que afirmes nada, en realidad.

Wendy y él se miraron. Fue intensa y estuvo llena de comprensión por ambas partes.

—Entonces no afirmaré nada —dijo la joven, cuando rompió el contacto.

Aquello fue lo único que Daxtan necesitó para confirmar esas "conjeturas" que su cabeza había formado. Eran hechos confusos. Y algo desalentadores. No mucha gente estaba de acuerdo con aquello en esa época. Él sí, pero sólo porque su madre se encargó de inculcarle los valores que un rey benévolo debía tener. Si su padre hubiera siquiera imaginado eso de él, probablemente lo habría atado a un caballo y le hubiese dado la orden al jinete de que lo hiciera galopar y no parara hasta

llegar a la costa más lejana de las islas del norte.

Antes de marcharse, él paró en seco.

—Gracias —volvió a mirarla —por decir que sí.

Cuando su padre anunció en su presencia y en la de su madre que habría boda, sintió su pecho inflarse. Casarse con una mujer como Wendy sólo haría de su reinado uno más fácil y llevadero. Era una persona a la que conocía desde que eran niños, con la que había experimentado risas, lloros y reclamos. Y no, no se le escapaba el hecho de que ella se había convertido en una joven realmente hermosa y enigmática. Él, secretamente, había deseado que aceptara. Lo había deseado incluso mucho tiempo antes de que hubiera siquiera un planteamiento de unión.

[...]

El 27 de agosto comenzó con las nubes del otoño invadiendo Ridbard. Las primeras nieves no tardarían en hacer su aparición, pero ellos ya no estarían allí para verlas.

En Mesphia el verano duraba hasta septiembre, por lo que habrían de soportar un mes más de bochorno.

Wendy bajaba las escaleras de su torreón con un aire solemne, como si se dirigiera a un funeral. Se sentía de una forma parecida. Ella iba a extrañar los gélidos días en aquella ciudad, lo sabía. Y, años después, se convertiría en reina, y ya no podría lamentarse ni arrepentirse de la elección que había tomado.

«Es por defender Mesphia de las rebeliones» se dijo a sí misma. Le costó retomar la iniciativa.

Se había vestido de negro para la ocasión.

El salón estaba desierto comparado al patio superior del castillo. La escolta del rey ya estaba marchando, rodeando al hombre y a su familia, quienes se despidieron de Uric y Carrah de forma impaciente. Liamed estaba allí parado, esperándola.

El camino hacia su montura fue abrasador. Miles de dudas le asaltaron, tuvo ganas de dar la vuelta varias veces y encerrarse en cualquier sala de su en ese instante ya antiguo hogar. Pero no lo hizo.

En cambio, mientras la guardia le abrió el paso como si fuera un espectro al que debían admirar, comenzó a tararear una nana que su madre le

había enseñado.

Era una canción infantil que le había dado miedo de pequeña porque la escuchaba en frecuentes pesadillas. El silencio acompañó a su voz, armoniosamente.

Ella llegó a su caballo, y Liamed comenzó a trotar.

Antes de montarse, ella terminó la melodía, y giró su cabeza sobre sus hombros para dirigirle una larga e icónica mirada a sus hermanos -y, tal vez, a su castillo-. Tuvo que inclinar la cabeza hacia arriba, y vio un asentimiento de parte de Uric. Wendy pareció una muñeca por última vez, en su despedida, como si no estuviera allí realmente.

Un par de segundos después, ella subió al caballo y la corte del rey que quedaba abandonó Ridbard.

Y todo se sumió en un silencio sepulcral.

Capítulo 5

04 - Corrosión

Vellgradia había sido una ciudad próspera décadas atrás.

Había sido un lugar en el que se daban encuentros entre foráneos de otros reinos, comerciantes, donde la gente podía caminar tranquilamente sin miedo a lo que pudiera pasar.

Sin embargo, el poder cegó a quienes no pudieron seguir mirando, y los hizo retorcerse y arrastrarse hasta que obtuvieron lo que tanto querían.

—¡Mesmarna! —la cercana voz de una joven sacudió uno de los barrios de Vellgradia a altas horas de la madrugada.

Una chiquilla, no mucho mayor de lo que aparentaba, corría despavorida. Ella no era estúpida, no se habría quedado despierta hasta tan tarde a sabiendas de que apenas tenía siquiera tiempo para dormir por las noches, si no fuera por algo importante.

Gritaba el mismo nombre una y otra vez, exasperada y expectante.

Mesmarna era el nombre de su gato.

Lo había acogido meses atrás cuando lo vio, pequeño e indefenso, porque supo que habría muerto de no ser así. Y a ella no le gustaba cuando las cosas se acababan antes de tiempo.

Siguió gritando, tratando de llamar su atención. El animal había desaparecido en, tal vez, alguna de sus largas jornadas de trabajo. Alguno de aquellos días. No estaba realmente segura. Apenas tenía tiempo de mirar a su alrededor cuando había terminado, no comía, no salía, no hacía nada. Tan solo trabajaba y, cuando acababa, dormía. Aquella era su vida.

Se llamaba Thae. Tenía una extraña forma de caminar y no paraba de frotarse las muñecas. Ella no era demasiado afortunada ni demasiado hermosa, pero era lista y la experiencia la había hecho capaz para muchas cosas a su corta edad. Una resistencia admirable y la mente de un anciano, para comenzar. Pero nunca estuvo del todo sola; siempre hubo una compañía a su alrededor, una compañía que ella podía oír, pero no ver.

De vez en cuando se frustraba, otras agradecía a los dioses por su ambivalente habilidad.

—De vez en cuándo agradecería que me ayudaras, ¿sabes?—Thae habló, a ojos de cualquiera, consigo misma. No obtendría respuesta, no obstante. Al menos, no aquella noche.

[...]

—Niña, ven aquí y limpia eso antes de que entre cualquiera y lo vea —el dueño de la posada demandó, impaciente. Era un hombre firme y, de vez en cuando, algo desmotivado con su propia vida. Tenía una mano de hierro y la utilizaba muy a menudo para descargar su molestia con sus empleados. Thae no recibía dinero alguno por estar allí, pero a cambio, obtenía un techo y alimento necesario para subsistir. Al menos, durante algunas horas.

La chica obedeció la orden del hombre, con un gesto de sumisión. Hacer enfadar a quien le daba de comer no era más que una estupidez, ella sabía.

Algunos clientes miraron en su dirección, curiosos. Unos apartaban la vista, otros la mantenían. Ninguno duraba mucho.

—¡Rono, dile a la niña que vaya al mercado y me compre las lechugas! —la voz de la cocinera -y esposa de Rono- sacudió a la joven.

—¡Mujer, no me digas lo que he de hacer! —el mencionado le gritó, con un deje de impertinencia. Acto seguido, se acercó a la chica, y la cogió del brazo. La empujó fuera del establecimiento y le dio varias monedas de un bronceado color —no vuelvas hasta que tengas lo que te ha pedido —advirtió. Luego, volvió a entrar al lugar.

Thae se miró los pies, negros y llenos de sangre y heridas.

Comenzó a caminar, consciente de su situación. Aquella era una posada lejana a los mercados, tardaría varias horas en llegar. Y si no estaba allí con las lechugas, entonces ya no podría dormir allí, de modo que aumentó su ritmo.

En realidad, llevaba una vida lo suficientemente penosa como para verlo, y lo peor era que la había llevado desde que era una niña. Ella había tenido padres, pero unos padres pobres y jóvenes, y, de vez en cuando pensaba, también egoístas. Se encontró sola mucho antes de lo que habría deseado y debió de pasar página y olvidarse para continuar viviendo.

Tres horas tardó en alcanzar los primeros puestos del mercado, hasta que se dio cuenta de que estaban vacíos. Era jueves, un día perfectamente normal, pero las calles de Vellgradia se encontraban silenciosas y

desiertas, y el fuerte sol de verano la hacía suspirar de cansancio.

Rodeó la plaza varias veces, hasta que captó un sonido muy similar al que ella venía buscando. Eran exclamaciones de júbilo.

Trató de llegar al lugar de procedencia, y tras perderse varias veces por las laberínticas y estrechas calles de su propia ciudad, acabó encontrando al gentío y a la razón de su alegría: la familia real estaba dejándose ver.

Thae había visto varias veces los carruajes reales e, incluso, podía recordar el rostro de varios de ellos. No era la primera vez que pasaban por allí. De vez en cuando bajaban a aquellas calles con la excusa de que mezclarse con los de más bajo nivel les era beneficioso; la realidad, ella sabía, era menos digna. Les gustaba que todos pudieran ver todo su poder, les gustaba dejar en claro su muy soberbia superioridad, y, sobretodo, disfrutaban de regocijarse en su seguridad. Las rebeliones en Vellgradia eran tenues y muy fácilmente opacadas por la fiereza del rey. Aquella era una estrategia para asustar a los ciudadanos. Para meterles miedo y llenar sus débiles mentes de pájaros. Como el lobo que juega con su presa antes de devorarla.

La realeza en Vellgradia fue cosa de padres e hijos durante muchos siglos, hasta que tiempo antes de que ella naciera, un hombre llamado Nywin provocó un gran levantamiento y usurpó el trono. Aquel y su esposa -Enda- engendraron a una chiquilla llamada Maxcia, y así su linaje comenzó. La mano de Nywin se hizo con el control del reino y acalló cualquier grito de inconformismo. Los reyes vecinos pronto aceptaron la situación. Nadie se entrometió, y los únicos que pagaron aquellos platos rotos fueron quienes vivían en las islas del sur.

Toda una dramática historia.

Thae se escondió tras una alta mujer que vitoreaba, y observó fijamente.

Nywin montaba su caballo, oscuro como el ébano, y miraba a su alrededor como si fuera un humano rodeado de hormigas. Sí, definitivamente de esa forma debía ver a sus ciudadanos. Tenía un pequeño rastro de barba en su mandíbula, y los ojos de un depredador. Su vestimenta, un derroche de negro oro. Tras él, Enda lucía un verde y reluciente vestido y su castaña melena iba recogida en un peinado extravagante. Era una mujer bella, sin duda, pero inspiraba ese sentimiento de dejadez, de desconsuelo. Maxcia estaba dentro de un carruaje. Llevaba el cabello cubierto y uno sólo podía ver su rostro a través de un ventanuco. No eran muchos los que hablaban de ella sin haberla visto antes. Se decía que era una joven que encandilaba a quien la veía, pero aquel, era consciente Thae, era uno de aquellos cuentos esparcidos por la corona para afianzar su condición. La realidad era que Maxcia tenía el aspecto de una pronta joven, bonita, pero no reluciente. No perfecta. Nada en aquella familia era

perfecto.

Los gritos del público estaban bañados de falsa alegría y obligación. Si el rey siquiera imaginaba que sus ciudadanos deseaban su cabeza cercenada y colgada en una pica, las cabezas que rodarían serían las del populacho.

La chica miró a su alrededor.

Vellgradia tenía todo para haber sido un lugar feliz y próspero. Tenía calles hermosas adornadas con adoquines plateados, tenía un palacio gigantesco que inspiraba devoción en quien lo veía, tenía vivos prados y vibrantes cascadas. En ella se respiraba el aire fresco de las ciudades cercanas a un gran mar, la gente se desvivía por ganarse la vida de manera honrada. Y, sin embargo, cuando uno caminaba en ella, lo único que le invadía era esa sensación de pudor y frustración, de amargura. Como si alguien hubiera cogido la ciudad y le hubiese arrebatado su color.

Eso, en realidad, sí que había sucedido.

El carruaje y la escolta siguieron avanzando por la gran corredera, y a medida que avanzaban, las gentes chillaban en su favor y lanzaban cumplidos envenenados.

A Thae le daban ganas de vomitar. Ella habría podido mentir, podría engañar a quien le preguntara acerca de su opinión -cosa que no iba a ocurrir jamás- y nunca nadie sabría qué cosas realmente corrían por su mente, pero decidió no hacerlo. «Abusar de un don lo convierte en una maldición» recordaba haber escuchado años atrás.

No podía ser más cierto.

[...]

—¿Has oído que los reyes del norte van a casar a su hijo? —la mujer habló al oído de su esposo.

—Calla Holya, no murmures esas cosas. Sabes que está prohibido —Rono regañó a su mujer.

—Aquí ningún rey pretencioso puede oírte —ella dijo. Thae estaba limpiando los ya de por sí asquerosos suelos, atenta a la conversación —. Me han dicho que van a casarlo con una de las hijas del hermano de su padre.

—Cómo me gustaría haber nacido rodeado de oro, como esos asquerosos señores que se codean como si fueran mejores. Estoy seguro de que todos ellos no podrían sobrevivir una milésima de segundo como nosotros.

Valientes ca —comenzó a decir, pero fue interrumpido par la risa histérica de ella.

—Tal vez estés hablando así de una pobre chiquilla —le miró, divertida —desvalida.

—Lo dudo mucho, aunque esos no han tenido que empuñar una espada en su vida, seguro.

—¿Y tú sí? —Holya se acercó a él, afectuosa.

—No, yo tampoco. Pero de mí no depende nadie —él respondió, condescendiente —. Y de ellos toda una nación. Hay diferencias notables.

—Sí las hay, y muchas —se dieron un casto beso.

Thae no tuvo necesidad de esconderse, ellos simplemente estaban allí, solos, terminando de adecuar la posada para el siguiente día. Y ella estaba haciendo su labor.

—Vamos, no me compares con ellos. Esa muchacha no tendrá que trabajar en su vida. ¿Quien en su sano juicio no querría convertirse en reina? es el sueño de cualquier joven de su edad. ¿No te gustaría que si hubiésemos tenido hijos, ellos pudieran gozar de lujos interminables? los de esos jóvenes vivirán toda su existencia sin preocupaciones.

Holya agachó los hombros, visiblemente apática.

—Sí, pero no tenemos ni hijos ni corona. No le busques más pies al gato, Rono.

A partir de aquel punto, la charla tomó una aspecto más ameno.

Terminaron marchándose de allí minutos después.

Thae paró de limpiar y se sentó. ¿Qué quería ella?

Ella no querría ser reina. Veía a Enda, y no pensaba que fuera feliz. Ella quería poder dormir sin contemplaciones y sin preocuparse del mañana, quería descansar sin tener que despertar. Deseaba aquello que nunca había tenido. Tal vez no era tan distinta a Rono o a su mujer Holya. Tal vez, ella vio, sus sueños no eran menos ruines que los de los demás.

«Pero son sólo sueños», se permitió pensar. Si no, habría terminado condenándose a sí misma.

Capítulo 6

05 - Combustión

Mesmarna se había definitivamente ido.

La chica ya no tenía ninguna esperanza de encontrar al pequeño animal, después de prácticamente un mes sin noticias.

No estaba, realmente, triste. Había sido una grata compañía, ella pensaba. Pero las cosas siempre tenían su final.

—Ven aquí, niña —Rono demandó. Su voz, ansiosa.

La chica se acercó vacilante, pero a paso rápido.

—¿Sí, señor?

—Hoy servirás mientras yo estoy fuera —dijo él, dejando de prestarle atención —haz todo lo que te digan y no protestes.

Él miró a su esposa, con desgano.

—Vete —ella habló, sin mirarle —y procura volver antes de que te eche en falta.

Rono apretó la mandíbula pero no contestó. Seguidamente, dejó el lugar.

—¿Qué desea que haga ahora, señora? —la joven ajena, mirando con ojos de cervatillo y el pulso acelerado. Ella no mantenía contacto con la clientela. Ella sólo limpiaba y se limitaba a guardar silencio.

—¿No has oído lo que se te ha dicho? no dejes que ninguna copa se vacíe. Como reciba una queja tuya, pasarás la noche un establo —fue una orden firme y estricta que la hizo dirigirse, recta como una flecha, hacia el cántaro con vino.

Las primeras horas fueron fáciles; apenas dijo siquiera una palabra a quienes tenía delante, y nadie se la pidió. Algunos hombres abusaron de su muy obvia superioridad física y hicieron acercamientos innecesarios, otros habían tratado de doblegar su sumisión con apodos que herían su moral y feminidad. Pero ella había superado con éxito la mayor parte del día y albedrío para cuando todo se torció irremediablemente.

Holya no la había ayudado en absolutamente nada. De vez en cuando salía de donde estaba y exigía alguna cosa u otra, hacía algún comentario

acerca del mal servicio y se marchaba.

Thae había finalmente comprendido cual era la mejor estrategia para evitarse problemas; tal vez, un meneo, una sonrisa coqueta, una risa desafinada y unas palabras halagadoras para ganarse a la clientela y tenerlos en la palma de su mano. Acatar las ordenes y no emitir queja alguna acerca del trato. De vez en cuando no daba a basto y se pasaba minutos frotando sus muñecas con fuerza que no contenía, de vez en cuando hacía de dama conforme y su mejor actuación.

—La próxima vez que dejes que me hieran, seré yo quien atraviese tu estómago con mi espada —dos hombres entrando, ambos con armadura y espada.

«Clientes importantes», ella se dijo.

Cuando ellos se sentaron, se acercó rápidamente y les sirvió dos copas a rebosar del líquido mágico. Uno de ellos le lanzó una sonrisa tan inestable y mezquina, que hizo que su mano levemente temblara. Pero en ningún momento dijo nada más que un «disfruten el servicio».

—Deberías de haber estado detrás de mí, idiota —el otro dijo, en la intimidad de su conversación.

Thae se permitió escuchar, libre y alejada, sin sentirse demasiado culpable. De todas las personas que habían entrado allí a lo largo del día, ninguna había llamado más su atención que aquellos dos revestidos con porte de caballero. Probablemente lo eran, a vista de sus ropajes. Nadie iba armado hasta los dientes en Vellgradia, a menos que fuese parte de alguna orden. Pero, la chica creía recordar, los caballeros no iban a posadas ni bebían copas de vino, o al menos no a vista del gentío. Una de las estrictas leyes mencionaba aquello, recordaba.

Si no eran caballeros, ¿qué eran?

—¿Es que acaso no sabes defenderte tú solo de esos aldeanos con palo?

—Dejémoslo así. De todas formas, ninguno de ellos puede volver a quejarse —el hombre se escudó.

La chica, atenta. Se habría permitido ser inocente y pensar que se les había dado una segunda oportunidad a aquellos aldeanos por lo que fuere que hicieron, pero obviamente, no había sido así. No era algo que la sorprendía, igualmente. A veces se daban alzamientos en pequeños pueblos o zonas y el rey enviaba a su armada para acallar las voces. Se producían a menudo, derramamientos de sangre.

—¿Y hay nuevas de parte de las tropas del norte? —preguntó el contrario, satisfecho.

—Enviaron algunas misivas hace semanas. En ellas ponía que se celebraría una boda real en otoño. Piensan hacer un ataque en esas fechas.

—¿Durante la boda?, ¿no crees que sería un movimiento algo estúpido? a esos condenados los van a colgar por necios.

—Será en la boda, pero no en la capital. Han previsto un asalto en Ridbard. Todos los señoritos estarán en Mesphia y la ciudad quedará desprotegida.

—Sí pero, ¿qué demonios harán con Ridbard? allí solo se cuece la nieve.

—¿Has olvidado quien vive ahí, Daton? el hermano del rey ni más ni menos. El padre de la futura reina —explicó, como si fuera lógico —entre comillas.

—Sería un plan completo si al menos pudieran cargarse a alguno de esos estirados. Podría atravesarlos con mi espada de abajo a arriba y aún así no podría ponerlos más tiesos de lo que ya están —el desprecio invadiendo sus ojos.

—Si estuviera allí —comenzó —no dudaría en aprovechar.

—¿Aprovechar? —el nombrado Daton peguntó, tras beber de su copa.

—He escuchado que la reinita es un dulce tierno —Thae no tenía ni idea de si aquello se trataba de conspiraciones o tramas reales, pero comenzaba a entender por qué camino tiraban aquellos dos sujetos —. Si la tuviera al alcance de mi mano, no dudaría en comérmela hasta que supiera qué es un hombre de verdad.

—¿Tú crees? dudo que contigo supiera qué es un hombre de verdad —uno bromeó, pero el otro sólo ignoró.

—Hablo enserio, Daton. Esas putas son luego las mejores.

—Apuesto a que hay mejores en cualquier casa de Vellgradia —dijo.

—Bueno —comenzó el de la sonrisa —, algún día. Ya verás.

Thae tenía la pequeña jarra de arcilla entre las manos, paralizada. Aquello había sonado como una afirmación, más que una ensoñación. Pero no pudo ignorar lo que había escuchado; habría un ataque hacia una ciudad de las islas Carótidas. A aquellas alturas, ella podía estar segura de que

no se trataban de conspiraciones contra el rey Nywin.

—¡Niña! —Holya la sobresaltó.

La joven corrió hacia el grito demandante.

—¿Sí, señora?

—Vete al mercado y tráeme algo de pescuezo, yo serviré mientras tanto. Más te vale correr, o cuando vuelvas lo que coceré será tu pescuezo en vez de el del pollo —la mujer avisó. Le dio, de nuevo, monedas bronceadas, y la sacó del lugar.

El silencio se instaló en su ser.

Había pasado horas rondando en la posada, de forma que, incluso, agradeció el encargo. Sus pies no, de acuerdo, pero su mente sí. O se habría quedado trillada.

—Eh, niña —alguien la llamó, al entrar en una calle sombreada. Era una voz masculina que ya había escuchado antes.

Thae se giró.

—¿Hay alguien? —ella estaba curiosa e intranquila.

—Hola, bonita —el rostro de uno de los figurados caballeros la sorprendió, y sintió como su espacio había sido totalmente invadido por la presencia del hombre.

—¿Qué quiere? —retrocedió varios pasos. Pero ella no era tonta, sólo estaba desorientada. No le gustaron aquellas palabras. No le gustó su tono. No le gustó porque no encontró rastro de diversión en ellas.

—¿Cuantos años tienes?, pareces una joven perdida e inocente —él siguió avanzando.

—No soy una niña. Tengo 19 años —Thae trató de aclarar. El sujeto solo sonrió más.

—¿No es lo mismo? —la espalda de la chica topó con una pared desecha y sucia, pero no trató de alejarse, si no de incrustarse con ella. Lo habría deseado, pero no pudo.

—Oiga, ¿qué pretende? —no quiso desmoronarse a pesar de que llevaba las de perder, totalmente. Él iba armado, ella no. Él era fuerte, ella no.

—Nada malo, nada malo. Sólo divertirme un poco —las bruscas manos tomaron sus hombros y la aplastó contra él, opacando su única vía de escape y haciéndola sentir impotente.

Las muñecas de Thae, picando. Sus ojos ardiendo y rabia y ansiedad corriendo por sus venas.

Las manos pasaron de sus hombros a su cintura, y él estaba completamente sobre ella, sin dejarla moverse. La respiración del hombre, por su mejilla, su pelo, su cuello. El agarre se intensificó y la hizo dar bocanadas para obtener oxígeno que de golpe le faltó. Sus costillas contrayéndose, de nuevo, entre la pared y el cuerpo del contrario. Sus piernas, totalmente aprisionadas y las manos intentando evitar lo inminente.

—No, por favor —con una voz estrangulada, fue capaz de suplicar. Tenía saladas lágrimas cubriendo su rostro.

Él la miró. La chica era bonita. Sin duda era su culpa. Baja estatura, justo como las había preferido siempre. El pelo, suave y lacio, del color del carbón. La piel levemente bronceada y unos labios de porcelana. Tenía pocas curvas, de forma que aparentaba mucha menos edad de la que ella había afirmado, pero, por la forma en la que había hablado, sabía que decía la verdad. No se veía inocente de la forma en la que se ve una niña, no. Se veía inocente de la forma en la que se ve un pequeño colibrí enjaulado. Estaba clara su precaria situación por la poca fuerza que empleaba en su lucha, que indicaba que estaba cansada y débil -y desnutrida-. Y por eso era el momento adecuado.

—No por favor, ¿qué? —le habló, con paciencia premeditada —, estoy siendo bueno, niña. No me obligues a hacerlo por las malas.

Thae siguió forcejeando, con cada vez menos intensidad. Una de sus manos se coló bajo el fino vestido que ella tenía y acarició firmemente sus piernas. No subió más arriba porque trató de alargar su diversión.

Dejó húmedos besos en su cuello mientras colocó la otra mano sobre la boca de ella, haciéndola incapaz de gritar -y lamentarse-. Varias mordidas lo hicieron hervir en cólera, pero entonces vio cuan paralizada estaba la chiquilla. Le dio una sonora bofetada que la hizo arrodillarse. La sangre viajando por sus ya entonces desnudas rodillas. Él la agarró del pelo y la hizo mirarlo, y la visión fue tan satisfactoria y lo llenó de tanto gozo, que intentó acariciarle la mejilla, como si de pronto ella fuera delicada ante sus ojos. No lo consiguió.

La piel de ella estaba ardiendo. Estaba totalmente hirviendo, de modo que tuvo que alejarse. Miró su mano, rojiza, como si hubiese sido atravesada

por una gran aguja, y luego a ella.

—Por favor —ya estaba sollozando.

—Pequeña furcia —escupió, para tratar de cogerla de nuevo. Aquella vez fue más grave. Él emitió un fuerte chillido, como si fuese un gato al que pisaban la cola.

Thae irradiaba un calor abrasador que lo hacía tener que alejarse por segundos, mientras agarraba su mano herida. Sus ojos indicaron la cólera latente, devorando sus entrañas y haciéndolo retorcer donde estaba.

—Yo no —ella comenzó, aterrorizada, pero una interrupción la hizo tragar y guardarse sus palabras.

—Eres una bruja —el hombre ya no intentó acercarse, pero en vez de marcharse, desenvainó su espada —. Deberían de quemarte —dijo, asqueado y furioso. El arma la tenía en la mano menos hábil; la que no había sido quemada.

La chica negó y volvió a negar, pero él no le concedió la oportunidad de explicarse. Estaba arrodillada, con la frente sobre los adoquines. Rezando y tratando de respirar, con dificultad.

—¡Eroh! —una voz irrumpió —, ¿qué demonios estás haciendo? tenemos que irnos, ya.

—Déjame que termine el trabajo —él se giró para mirar a su compañero, el mismo de antes.

—Olvídate de la alimaña esa y vámonos. Si el comandante se entera de que hemos estado por aquí, no habrán más reinitas de las que disfrutar —Daton explicó, prontamente impacientado.

El hombre -que Thae secretamente calificaba con otras palabras- los miró intermitente a ambos durante algunos segundos, hasta que retiró la espada.

Ni siquiera la miró, simplemente fue hacia su compañero y se marcharon por una calle contigua mientras ella agradeció a su mala suerte por haberla salvado del abismo. De nuevo, y por incontable vez.

Pero se quedó allí, arrodillada, sola. Sin consuelo.

«Eres una bruja» le dijo. Ella lo habría deseado.

Capítulo 7

06 - Génesis

No durmió aquella noche en la posada.

Arrastrando los pies, cuando las primeras frías luces iluminaban los adoquines, caminaba ella. La cabeza gacha y heridas invisibles, pero abiertas -y dolorosas-.

Tenía costras en los pies y el vestido medio arrancado, pero nadie estuvo allí para señalarla. El estómago rugiendo pero aún así, las ganas de vomitar invadiendo su mente y su garganta. Ella miró su muñeca; una pequeña pulsera de fino hilo estaba allí anudada. Había sido carmesí años antes, pero en aquel momento era de un color entre amarillo y blanco. Estaba medio rota, pero seguía siendo su mayor posesión.

Thae no andaba realmente lejos del lugar, pero tuvo que reunir valor y dar vueltas y más vueltas -resumidamente: hacer cualquier cosa para no pensar- hasta que divisó a Holya saliendo al exterior.

La chica se acercó, vacilante.

—¿Niña? —la mujer la había mirado, primero sin interés y luego, desconcertada —, ¿qué demonios te ha pasado? —trató de agarrarla del brazo, pero ella se alejó, asustada. No quería que la tocara. En realidad, no quería que nadie nunca más la tocara.

Holya no insistió.

—Discúlpeme —dijo Thae, afligida.

La contraria le dirigió una mirada de incomprensión y desgano, pero no incidió en las razones. Se limitó a asentir y a hacer espacio para que entrase al cálido interior, alumbrado aún por cirios titilantes.

—¿Se quedó a gusto? —preguntó, de golpe la mujer. Ya consciente.

Thae paró en seco, incapaz de girarse a juzgar la cuestión cara a cara.

Solo asintió con la cabeza, lentamente. Tal vez él se fue sin hacer nada, pero, estaba segura, si ella hubiese sido un monstruo similar, habría estado satisfecha con simplemente dejar esa quemazón en el corazón de alguien, sin importar si obtenía algo o no.

Holya no respondió nada.

[...]

Pasaron varios días, y Thae había dejado de sentirse completa con su labor. Ya no se las arreglaba para camelar a los clientes ni seguía los juegos de quienes le dirigían la palabra. Sólo servía y caminaba con la cabeza gacha. Holya la dejó descansar unas horas de más el primer día, pero después volvió a actuar como si no hubiese ocurrido nada.

«Niña» de vez en cuando la llamaba, desde su caldero. O quienes iban a la posada, sin ir mas lejos. La trataban tanto como si fuese inexperta y tonta que, de pronto, había pasado a comportarse como tal.

Se hartó de ser manejada como un pequeño títere culpable.

—He vuelto —la voz de alguien a quien no había visto en lo que para ella ya era una temporada, la hizo girarse como un resorte.

Aquel hombre era Rono, pero una versión mucho más desmejorada y hecha pedazos.

Holya le dio un breve abrazo e intercambiaron susurros confusos.

—¿Cómo se encuentra el pequeño? —preguntó, visiblemente disgustada.

Los ojos del hombre se oscurecieron durante algunos segundos. Luego se encogió de hombros.

—No ha sobrevivido —fue su hueca respuesta.

La mujer se acercó a él como si le quemaran los pies y le agarró de los hombros, descompuesta. Rono deshizo el agarre y caminó recto y rápido hacia uno de los pasillos que daban a las mugrientas y pequeñas habitaciones en las que la pareja y la misma Thae dormían.

—¿Cómo que no ha sobrevivido? tu hermano dijo que las heridas eran superficiales en comparación a las suyas.

Él paró en seco.

—Parece que se equivocó —estaba cansado, y se notaba por sus hombros encorvados, su tono de frustración -camuflada con desinterés- y las ojeras moradas que adornaban su rostro. Thae podía reconocer a un deshecho cuando lo tenía frente a sus ojos.

Holya apretó su regordeta mandíbula y las uñas se incrustaron en sus

palmas.

—Malditos sean ellos y sus negras tropas bañadas de oro y promesas envenenadas —habló, con la voz carcomida por la rabia.

Thae sintió como si su vida diera saltos entre escuchar las conversaciones de los clientes y las de los dueños de la posada. Como si fuera una total intrusa en todas partes.

—Cuidado de lo que dices frente a la niña —Rono advirtió, esa vez mirándola a ella directamente.

La mujer se giró, algo desconcertada y con el ceño fruncido. Aquel no era un buen día para hacerla enfadar, lo supo tarde.

—Yo —trató de comenzar, pero fue interrumpida.

—Tú, ¿qué?, ¿crees que está bien escuchar las conversaciones ajenas?

—Yo, en realidad —tartamudeaba —hace algún tiempo escuché a miembros de unas tropas hablando —la bombilla de su cabeza iluminada cuando Holya había dicho «tropas».

Rono acertó a ladear la cabeza, interesado. Su mujer comenzó a aproximarse hacia ella, como un león se agazapa para cazar una gacela.

—¿Qué escuchaste? —en sus ojos, brillando curiosidad e interés. No podía ser bueno.

—Ellos —la lengua se le hizo bola con tantas palabras —dijeron que en el norte estaban planeando un ataque mientras la boda real se celebraba.

—¿Un ataque a la capital? serás embustera —intervino Rono —. Serían muy necios si trataran de hacer eso.

—No, no. A la capital no. Mencionaron el nombre de una ciudad en la que... se cocía la nieve —intentaba recordar el nombre, pero no confiaba en su memoria. De vez en cuando le jugaba malas pasadas, y ella no se arriesgaría a que no la creyeran. No era tan tonta.

Holya y él se miraron.

—Un ataque a Ridbard —su voz ató la tensión como una soga a su cuello.

—¿Alguno de ellos te vio? —cuestionó Rono.

Thae se encontró en un callejón oscuro: ¿decir una verdad, o decir una

mentira?

Se apresuró a negar rotundamente con la cabeza.

Algo entonces hizo conexiones en la cabeza de la mujer y le dirigió una mirada de alarma y desdén.

—Mentirosa —la acusó. Thae supo que a su mente habían venido recuerdos de una mañana ya pasada, de vestidos rotos y quemaduras invisibles.

—No podemos dejar que vengan aquí y nos acusen por tu culpa —creyendo a su esposa, Rono se acercó a Thae —. Recoge tus cosas y sal de aquí ahora, antes de que nadie más sospeche.

La chica habría querido rechistar, gritar, llorar, suplicar. No deseaba una noche más en su soledad. Bastante tenía con lidiar con las culpas en su duro camastro, como para que encima, tuviese que lidiar con ellas en un callejón.

—Por favor, déjenme explicarles —su voz, ahogada. Pero, ¿qué tenía para explicar? —no tengo nada que recoger.

No se movió del sitio en el que estaba. Ella no tenía posesiones; los ropajes eran cortos -y evidentes- préstamos de Holya.

—Pues vete, entonces —Rono la sacó, prácticamente a rastras, al exterior —. Y no menciones este sitio si alguien te pregunta.

Thae no supo cómo todo se había desmoronado en tan solo unos minutos. Se sitió estúpida y merecedora, por siempre meterse donde no la llamaban.

—No tengo nada, ni siquiera comida —suplicó.

El hombre pareció titubear. Se alejó un momento y trajo consigo una pequeña hogaza de pan algo duro. Se la tendió.

—No vuelvas —pero él no pareció decidido o iracundo. Él pareció impotente —, por favor.

Aquello sonó como una débil súplica, antes de dejarla completamente sola, y sin ningún plan.

[...]

Cantaba una jovial canción que a menudo solían entonar los clientes de la

posada. Era dicharachera e incluso cómica, a modo de dulce ironía.

La noche había caído sobre sus hombros para cuando ya había traspasado las murallas de la entrada a la ciudad. El cielo oscuro en campo abierto siempre era más fresco, más acogedor.

Ella no estaba llorando, no obstante. Tuvo ganas al principio, pero a cada paso que daba, más clara tenía su situación. Había estado condenada desde el principio. Todo lo que había hecho, o dicho, o incluso pensado, la había llevado hasta allí.

Pocas veces le eran relevantes las consecuencias de sus actos, y ahí estaban, rebotandole en la cara y haciéndola sangrar. Tal vez, sí que se lo tenía merecido.

—Si él me hubiese matado —comenzó. No supo cómo terminar.

—Si él te hubiese matado, entonces no estarías aquí para decirte la suerte que tienes.

La voz había sonado real y profunda, incrustada en su cabeza, y retorció sus pensamientos y los hizo cambiar de dirección.

Hacía muchos meses que no habían hablado.

—No, si él me hubiese matado —esa vez sí que supo cómo continuar —, tú no podrías aparecer para recriminarme mis decisiones.

—En eso no estás equivocada —la voz comenzó —, *pero tampoco tienes razón*.

—¿Y cómo es eso exactamente posible? —su comentario, inconforme.

Thae ya sabía con quien estaba hablando. Ella no la había visto nunca, pero esa sensación de fortaleza, de familiaridad, era fácilmente reconocible. Otro don del que no abusaba nunca -porque no podía-.

—Es posible cuando no sabes cómo interpretar las cosas.

—Así que sí que es mi culpa —pero no se sintió enfadada, si no desconsolada. Secretamente había necesitado que alguien le dijera que no, que no era así. Que ella no merecía nada. Que seguía siendo igual de inocente a como recordaba. Claramente no era así.

—Lo que sientes es vacío. Lo que él hizo, y no hizo —incidió *—no es tu culpa. Tu culpa son tus propios remordimientos. No deberías tener que*

vivir con algo así. No deberías tener que superar algo así.

Sintió una cálida brisa que golpeó su mejilla izquierda y ella supo que se trataba de una caricia.

Se dejó caer en el verde y húmedo pasto. Agarró sus rodillas y trató de esconderse tras ellas.

—Ojalá lo hubiese hecho —no pudo contenerse de nuevo y dejó escapar lágrimas de sequía -emocional- y abandono.

—¿Habrías preferido morir? —y la pregunta sonó como si hubiese realmente dos respuestas correctas para ella.

—Habría preferido que no me tocara en absoluto, pero no llegaste a tiempo para eso —eso habría sido una acusación si no hubiese estado ocupada en regular su respiración.

—Él no pudo hacerte nada —la voz la acogió y la hizo sentir bienvenida —. *Yo estaba contigo.*

Thae calló durante algunos segundos.

—No lo suficiente —su tono, como un gesto doloroso y angustiado, pero firme. Sorprendentemente firme. Se arrancó la pulsera de la muñeca y la observó durante algún tiempo. El fino hilo había perdido todo su vivo color, igual que su significado.

O, quizá, lo había olvidado, se dijo.

Le dio vueltas en sus manos y trató de recordar por qué era tan importante para ella; la única toma de contacto con la voz era a través del pequeño objeto. Durante años, había sido su compañía, su gran soporte. No necesitaba llamarla para sentirla a su lado. Pero luego creció, se hizo mayor y lista, y las visitas se reducieron drásticamente, y a pesar de rápida, nunca había sido capaz de saber por qué, de pronto, no había tiempo para ella.

Algunas veces la tentaba el ver qué ocurriría si se quedara verdaderamente sola, pero no era lo suficientemente valiente como para siquiera planteárselo.

Thae se levantó y, con la pulsera, siguió caminando hasta que la orilla del cristalino río que cruzaba Vellgradia la hizo suspirar, y observó. Había luna aquella noche, una luna grande y hermosa, digna de admiración. La radiante y blanquecina luz se veía reflejada en las tenues ondas que el

viento de verano provocaba en el pequeño caudal.

En otro momento, habría podido volver a ponérsela. Ya no.

La arrojó hacía el río y, de pronto, ninguna suave brisa meció su cabello.

Ya no estaba.

Capítulo 8

07 - Infección

El viaje hacia Mesphia fue largo.

Los barcos los recibieron, unos días después de la partida, como grandes gigantes que prometieron no aplastarlos.

Wendy nunca había estado en Mesphia, pues su tío siempre prefirió viajar a Ridbard, pero Liamed le había contado cuando ella era pequeña que allí los techos eran tan altos que uno temía que las paredes pudiesen caerle encima. A ella no le agradaban los espacios demasiado cerrados, de cualquier forma.

Tardaron al menos una semana en llegar a la capital. Fueron siete días de gran aislamiento y nostalgia.

Al llegar a la ciudad, se celebró día y noche durante, para lo que ellos fue, una eternidad. El júbilo por el anuncio de una boda alegró a muchos, pero hizo infeliz a otros.

—Hija —llamó Liamed su atención, entrando a la pequeña estancia en la que solo se encontraba la chica.

Wendy, que estaba apoyada en el poyete de la ventana y miraba cómo los miles de comensales en palacio entraban y salían, algunos ya embriagados, se giró. Tenía unas grandes ojeras moradas que envejecían su rostro y lo hacían parecer hastiado.

—¿Ocurre algo, padre?

El hombre no entró, pero la miraba con cautela.

—Deberías subir con nosotros a la torreta. Necesitamos tu ayuda para planear —sugirió —ya sabes.

Ella volvió su vista hacia el cristal. Abajo había un hombre con un pichel de arcilla en los labios, bebiendo, probablemente, vino. Por un desconcertante segundo, habría querido tener aquel pichel para ella.

—No me encuentro bien —simplemente respondió, con voz ausente.

Liamed asintió, disconforme, aunque su hija no le estaba viendo.

—No olvides por qué estamos aquí —él habló, y tenía razón.

Wendy se escondió y trató de hablar con la menor gente posible desde el primer día que estuvieron allí. Para ella habían días de sobra en cuanto a lo que hacerse un hueco significaba.

—No lo hago —intentó afirmar, pero no sonó del tono convencida.

Ninguno de sus hijos sabía mentir, pensó el hombre.

[...]

—¡Soltadme! —la mujer exigió.

Liamed estaba sentado, con la mirada afilada y una firme mueca.

—Dejadla —ordenó, y los guardias obedecieron veloces —. Fuera.

La habitación quedó en silencio, y ambas personas mirándose fijamente.

Después de un tiempo, ella comenzó.

—Tengo información —su voz sonó áspera, como la de quien no ha bebido en mucho. Él pudo notarlo.

—¿Cómo te llamas? —cuestionó, agarrando una jarra llena de agua fresca y cristalina; no se la tendió.

La fémina parecía disgustada, pero mantenía cierto encanto.

—Brisa —su mentón en alto, y destellos de desafío en sus ojos.

Liamed se levantó.

—Bien —inició, con lentitud —, Brisa. Verás. No puedo arriesgar mi posición por una información que proviene de las lenguas de alguien como tú. ¿Cómo confiaría yo en ti o en tu voluntad?

Ella miró el recipiente con recelo, y alargó un brazo desnudo. La evidencia estaba allí. Una diminuta marca de un ojo grabada a fuego se encontraba plasmada en su blanca tez. Parecía antigua, hecha hacía años.

—Digo la verdad. Y aún preferiría —hizo una -necesaria- aclaración —una muerte limpia en Mesphia por amenaza que una muerte allí por traición.

Las palabras fueron confusas y se hicieron un lío en la mente de Liamed.

—¿Has traicionado a tu propio pueblo? —su tono, de repente una mezcla entre asombro y fingida molestia. Similar a cuando un verdugo mira a su víctima antes de cortarle la cabeza.

—Ellos no son mi pueblo. No me uní a las tropas negras para asesinar inocentes —cortó Brisa de raíz.

—¿Y para qué te uniste, entonces?

—Para que vosotros los nobles os sacarais la cabeza del culo y empezarais a mirar por vuestras gentes. Si fueseis sólo un poco más inteligentes, ya os habríais dado cuenta.

Pero él no se lo tomó como una ofensa.

—De acuerdo. ¿Debemos mirar por la gentes como las tropas de bandera negra están mirando por esos inocentes de los que hablas?, ¿o hay algún juego al que todavía no estoy jugando?

La mujer se obligó a cerrar la boca para no escupir.

—No. Por eso estoy aquí. Debéis salvarlos —y Liamed elevó sus cejas, en un gesto de devaluación.

—Vienes... ¿de dónde vienes?

—Vellgradia.

—Ya. Eso está en las islas del sur. ¿Se supone que debo aplazar una boda real —trató de hacer un énfasis en aquellas palabras —por tu palabra?, ¿por aldeas de un reino que ni siquiera es este?

Brisa, desorientada. El desprecio royendo sus entrañas.

—Por personas —elevó el tono —, personas inocentes. Pronto también empezarán a caer aquí, no esperéis que sea algo que no afecte a las Carótidas. Afecta en mucho. Las tropas sólo tienen un líder, y ese líder no va a parar hasta tener control del archipiélago en su totalidad. ¿Os pensáis ajenos a la guerra?, ¿o os tapáis los ojos para no ver, acaso? han habido también aquí levantamientos. Y habrán más, y más fuertes.

Liamed guardó silencio, su cabeza analizando la situación.

—Entonces lo estás sugiriendo de verdad —pero esa vez no habló despectivo, si no consciente. Realmente estaba considerándolo.

—No se supone que debería revelar planes de ataque, pero —Brisa aprovechó el momento de vacilación del otro — lo haré si así consigo que

me escuchéis. Mientras la boda real se celebraba, ellos planearon tomar Ridbard —los ojos de él entrecerrándose—, pero no lo harán si lucháis con ellos en Vellgradia —un intento de convencerle —. Se replegarán, al menos por un tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque les conozco. No son tan fuertes como parece. Habrán de replantearse una estrategia, las cabezas de cada escuadrón se reunirán. Tardarán en responder.

Liamed estaba realmente creyendo. Había pasado de ser un interrogador a un escucha.

No dijo nada durante algún tiempo.

—De acuerdo. Tendré una reunión con el rey —el hombre, como centrado en algo que no lograba decir.

Y Aldor, al principio, enloqueció. «No puedes atrasar una boda por un puñado de campesinos» o «sé un poco más listo, Liamed» fueron algunas de las cosas que él dijo. Pero ya no se trataba de lo que era posible o no, si no de lo que estaba bien y lo que no. Había un sutil cambio entre ambos conceptos. Aquella era otra de las muchas diferencias entre ambos hermanos: Liamed podía verlo, Aldor no. Terminó convenciéndolo. «No será un gran retraso. Déjame hacer esto por ellos, hermano. Las Basílicas te lo agradecerán. Estoy seguro de que Daxtan no sufrirá por esperar un mes más» fue su argumento. No se equivocaba, claro.

[...]

Wendy no pudo acostumbrarse a los viajes en barco. Tristemente superó uno semanas atrás, y su padre hacía apenas unas horas le había comunicado que ambos irían a Vellgradia. Vellgradia estaba a unos dedos cuando se miraba en los mapas, pero lejos si tratabas de llegar a ella en la realidad. Él había dicho que sería un trabajo fácil y rápido, pero probablemente no lo era si la chica debía ir. Supuso que algo tan grave como para aplazar su boda se debía a las tropas de bandera negra, aunque ella no tenía noticias de que allí en el sur hubiesen tenido también ataques de esa índole.

La mañana fue solemne y hubo de despedirse de sus tíos con un rostro sereno y en calma.

—¿De verdad es necesario que tu hija viaje contigo? —Aldor susurró al oído de Liamed, pero ella pudo escucharlo.

—Querías una reina como ella. Ahora no puedes quejarte —fue su respuesta. Su muy acertada respuesta.

El hermano mayor no hizo nada más. Los dejó marchar como el río deja al agua caer en la cascada.

El barco trató mejor a Wendy aquella vez. Se encerró en el austero camarote y dejó que sus pensamientos fluyeran al ritmo de las sacudidas de las olas. Llegaron once días después.

Respiró el aire del puerto de Vellgradia. Era frío y mañanero, no le pareció un aire de verano. Claro que las primeras luces del alba apenas rozaban las tierras. Prontamente hubo de lamentarse y desvestirse hasta que el vestido de tela negra y tirantes fue lo único que la cubrió. El clima estival en Ridbard o, incluso, Mesphia, era mucho más frígido que el de las ciudades del reino sureño. Ella debería haberlo imaginado, solo que... no lo imaginó. Mil veces prefirió sus cortos veranos en su lugar natal antes que aquel abrasadero.

Liamed caminaba al lado de Brisa. Él la había obligado a acompañarlos si quería mantener la cabeza sobre los hombros. «Si descubro que me has engañado, te entregaré a tus tropas como una traidora, y si eso no funciona, mis perros quedarán saciados con tus huesos» fue lo que la hizo estremecer.

Pero ella no había mentido. No supo cual de las dos realidades era más ruin.

Al caer la noche, la cálida luz de un fuego a la distancia los hizo aumentar el ritmo del trote de sus caballos. No era un fuego pequeño. De hecho, se trataba de un pequeño granero en llamas.

Wendy iba detrás, cubierta por una capa oscura. Su montura se camuflaba con la negrura de las tinieblas.

La escena era pintoresca: un grupo de aparentes caballeros con armas de negro oro ilumbraban con sus antorchas los alrededores de la construcción; no parecían bandidos, pero algo en ellos hizo a Liamed sospechar -el hecho del oscuro hierro de su coraza, por ejemplo. Le recordaba a las de las tropas de bandera negra-. Una pareja llorando, suplicando por su vida.

—¿Quienes sois? —uno de ellos gritó.

—¿Quienes sois vosotros? —el hombre hubo de contestar.

—Caballeros del rey —la contestación no se hizo esperar, pero fueron palabras huecas. La carencia de escudos les delataba. Y, también, el

hecho de lo que estaban haciendo. No parecía una ejecución real.

—No os creo —Liamed se aventuró, inconsciente de cual debía ser su próximo movimiento.

Los "caballeros" no estuvieron contentos. Dejaron atrás a la infeliz pareja de campesinos y se lanzaron al ataque contra ellos. Fue una batalla encarnizada. Iban a pie y las soldados de Liamed montaban caballos; la ventaja podía verse con facilidad. Wendy retrocedió, y quiso mantenerse al márgen hasta que divisó cómo uno de los asaltantes se desviaba.

Un truco sucio. Cogió del pelo a una chiquilla que no había sido vista con anterioridad y chilló absurdas amenazas. Solo que ella no parecía una rehén real. Tenía un gesto hastiado -pero también asustado, sí- y vestía de negro, igual que ellos.

Nadie hizo caso al hombre. Nadie salvo Wendy, quien se acercó rápidamente a él. Fue algo sencillo, no necesitó propinar cortes muy profundos para matarlo. Le cortó el cuello y dejó que callese al suelo, suplicante. La rehén cayó sobre el pasto y trató de alejarse de ella mientras se arrastraba. Ella fue más rápida.

Se quitó la capucha y, con el rostro en alto y los ojos afilados -que durante un instante la hicieron asemejarse a su padre-, estableció su gran superioridad frente a la contraria.

La joven del suelo la miró, desconcertada. No había conocido en su vida demasiadas mujeres que inspiraran aquel sentimiento de fuerza y terror que aquella le inspiró. Y se veía joven, y aniñada -como una muñeca-. Su mirada se tornó penetrante y abrasadora, pero ausente. Como si no tuviera ningún resquicio de resentimiento por lo que acababa de hacer.

La agarró del brazo, pero entonces se apartó. Su mano ardía como un demonio. Su atención, en la joven del suelo. Le pareció inocente y aterrada. Pero aquello no importaba. Su mente hizo conexiones y sus creencias provocaron que su rigidez se tambaleara. No intentó volver a tocarla; su mente no la había traicionado. Ni tampoco su memoria. Muchas veces escuchó historias de gente como aquella.

La chica estaba llorando frente a ella. Estaba suplicando, pidiendo por favor que no la matara. No quiso hacerlo, claro que no. Se reprendió mentalmente por lo que había estado a punto de hacer.

Sin embargo, el brillo instantáneo de la espada de su padre a su costado la hizo reaccionar.

—¡Mátala! —la intensidad de la batalla lo había exasperado. Para él, todos eran enemigos en ese momento. Pero no esperó a que Wendy obedeciera

su orden, si no que avanzó él.

Grande fue su sorpresa cuando la propia Wendy, rápida -como solo ella era- y con ojos suplicantes, se puso frente a la chica y extendió sus protectores brazos.

—¡No le hagáis daño! —gritó, un sentimiento de alarma e, incluso, sacrificio. Aún notando el calor en la palma de su mano. Aquello le dejaría una visible marca; no importaba.

Lo único importante era su significado, ella comprendía.

Liamed no se movió. Confuso.

Capítulo 9

08 - Crisantemo

Sentada la una frente a la otra, en un silencio sepulcral.

Pidió a su padre que les dejara intimidad. Él no estuvo muy contento, pero se la concedió.

Wendy tomó aire, tratando de confiar en sí misma. ¿Cómo debía tratar con la chica? estaba herida y se negaba a que alguien la tocara, siquiera dejó que se le limpiase la sangre del cuello. A ella se le daban bien las palabras; lo sabía. ¿Habría de aprovecharse de ello?

—¿Cómo te llamas? —la primera toma de contacto fue rígida. No hubo respuesta aparente —me gustaría que pudiésemos presentarnos adecuadamente.

La joven se mostró reacia a mirarla directamente. Tenía miedo de parecer demasiado débil, porque todo aquel con quien se había topado terminó aprovechándose de aquello.

—Thae —el nombre salió de los labios como suave terciopelo.

Ella intentó mostrarse comprensiva y paciente.

—Yo me llamo Wendy —fuertes corazonadas que dolieron en su pecho. «Algo grande saldrá de aquí» no pudo evitar pensar.

Thae se encontraba entre dos estados: miedo y dependencia. La chica -Wendy- ya no inspiraba aquella funesta sensación que corrió por su torrente y la hizo suplicar. Estaba frente a ella, con ojos de aprobación y calmada como las aguas de un lago. De hecho, parecía mostrar tanto sosiego en sus acciones que, de vez en cuando, dudaba de si por su cabeza estaban pasando pensamientos o no. La hizo sentirse inquieta.

—Wendy —repitió, con un hilo de voz.

La chica asintió.

—¿Qué hacías en aquel granero? —preguntó.

Tal vez si hubiese sido el hombre quien se lo hubiera preguntado, el tono habría sido distinto. Y su respuesta también.

—Huir —respondió Thae.

—¿De... los caballeros? —fue la otra formulación.

Ella asintió, con cuidado.

—De las tropas —un énfasis cubrió su frase de un velo de rojiza desdicha.

—¿Hablas de lasa tropas de bandera negra? —Wendy no pudo disimular su desconcierto. Por ello estaban allí. Aquellos hombres formaban parte de las tropas. Brisa no había mentido.

La otra asintió tras unos segundo, pero algo extrañada.

—Atacaron una aldea algo alejada de Vellgradia. Yo solo —se paró a reflexionar —pasaba por allí, pero me tomaron por campesina. Tuve que huir con la pareja —y los ojos se le iluminaron como cándidos cirios —, ¿han sobrevivido?

Pero el silencio se instaló en la estancia. Un silencio pesado que aplastaba sus hombros y los hacía hundirse.

—No —finalmente respondió.

Thae no pudo hacer más que asentir, abatida.

—Apenas les conocía.

—Lo lamento —fueron las únicas palabras que Wendy pronunció. No lo lamentaba de verdad, ella supo. En realidad, probablemente no le había importado.

—Seguro —escupió.

Ella no se ofendió. Actuó con parsimonia y no jugó con sus intenciones.

—He oído —habló, mientras se levantaba y caminaba un poco por el diminuto cuarto. Estaban alojados en una posada austera y que poco llamaba la atención; justo lo que necesitaban —cosas sobre gente como tú.

Thae entrecerró los ojos. No estaba asustada, pero comenzaba a dudar de las intenciones de la chica. De cualquier forma, ¿qué sabría ella? no tenía el porte de una campesina corriente, y las mujeres no se hacían soldados -o, al menos, no la gran mayoría-, de forma que no pensaba que fuera una humilde servidora. La piel de porcelana y manos delicadas delataban una alta condición. Pero una dama no podría cortarle el cuello a alguien con tanta facilidad, de modo que si no era una simple dama, ¿qué era?,

¿quién era?

—¿Tú —expresó, con desidia y cierto desprecio —has oído cosas?

—Sí —se cernió sobre ella, severa y firme. Era obvio que la chica podría intimidar incluso al más valiente de los guerreros, Thae pensó. A pesar de su apariencia débil, tenía ese brillo, ese tenue destello de lobreguez. Como era inteligente, decidió no pasar aquello por alto.

—¿Y qué has oído? —la incertidumbre presente en sus palabras.

—He oído que hay cierta gente... cierta gente que comparte lazos de sangre con los dioses.

Thae dejó que su cabeza hiciera un recorrido que dejó su barbilla a la altura de sus ojos.

—Y piensas que yo soy algo así como hija de alguno de ellos, ¿verdad?

Wendy asintió.

—Mi padre nunca confió demasiado en las promesas de un concepto tan ambiguo como el de un dios. Yo, sí.

La otra joven asintió levemente, y, ausente durante algunos instantes.

—Mi madre no era diosa de nada. Se llamaba Chrissa —habló con determinación, logrando el efecto de una tuerca que se aflojaba en los procesos de Wendy.

—Pero —hizo un intento de reproche ella, confusa. No había podido imaginar la quemazón en su mano, no había podido imaginar las leyendas que la persiguieron durante años. No completó la frase.

—Al principio pensé de ti que eras alguna especie de ángel castigador. Me infundiste miedo. Ahora háblame de ti, y tal vez pueda contarte lo que quieres saber —novicio valor extendiéndose por las extremidades de la de tez más castaña.

Wendy no reaccionó, o si lo hizo, no se notó a simple vista. Aquel control suyo para retener las emociones era asombroso. O, quizá, la realidad fuese otra distinta. Tal vez lo que pasaba era que, simplemente, no sentía absolutamente nada. Su rostro con una mueca de aprobación constante.

—¿Qué deseas saber?

—¿Quién eres? o mejor, ¿quienes sois? nunca había visto escudos como el

que hay bordado en vuestras capas y armaduras.

Ella ladeó la cabeza, con los ojos abiertos como un pez.

—Somos de las islas del norte.

—¿Y qué hacéis aquí? —sus palabras, rápidas como un rayo. Determinación desfilando por sus ojos.

—Luchar contra las tropas de bandera negra.

—¿Por qué los del norte os preocupáis por los del sur? —fue una importante cuestión que la resquebrajó.

—También están dando problemas allí. Verás, yo me casaré pronto. He de proteger a mi pueblo.

Thae había decidido pasarlo por alto hasta que de un par de conexiones en su cabeza, de pronto, saltaron chispas. Caballeros, estandartes norteños y una inminente boda. ¿Podía tratarse de lo que estaba pensando? pero, si se trataba de eso, ¿qué tipo de mujer era aquella? miedo y arrepentimiento haciéndola retroceder en su postura. Se levantó cautelosamente.

—¿Tú... eres la reinita? —preguntó solamente.

«Reinita» no era un apodo que alguien jamás había utilizado para referirse a ella, o al menos no en su presencia.

—¿Qué?

—¿Eres la que se casará con el príncipe?

Wendy confirmó con la cabeza. A partir de ahí, todo se volvió raro y pesado, y cada respiración hacía eco, como si estuviesen encerradas en una cueva.

—¿Han llegado aquí las noticias?

Thae podría haber pensado muchas cosas en aquel instante: podría haber pensado que la reinita no era en absoluto "un dulce tierno", como él la había llamado. Podría haber pensado en las constantes faltas de respeto que había cometido frente a una miembro directa de la realeza norteña. Podría haber pensado en su cabeza siendo rebanada por un verdugo como castigo.

Pero no pensó en ninguna de aquellas cosas.

—¿Por qué una mujer tan poderosa como tú ha de venir a Vellgradia a encargarse de campesinos en llamas? —la forma de desprestigiar a personas inocentes provocó que se le revolviera el estómago, pero si quería salir ganando de aquella situación, debería hacer las preguntas correctas que la gente de aquella clase esperaría recibir.

Y la contraria no reaccionó como esa gente.

—Porque algún día seré reina, y mi deber es proteger a los míos. No es algo que yo pedí —afirmación que subió la bilis de Thae directamente desde el páncreas hasta su garganta —. Honestamente, no es algo que yo querría. Pero si no lo hago yo, ¿quién lo hará?

Todo aquello, claro, con su tono de espeluznante inquietud.

—¿No quieres ser reina? —¿por qué siquiera estaba haciendo esa pregunta? claro que Wendy no quería ser reina. Ella tampoco querría.

Se hablaron con familiaridad -la de quien se conoce de toda la vida- incluso cuando una se convertiría en la persona más importante de un reino. Nunca utilizó ningún «mi señora».

La chica mostraba una mirada de total pesadumbre. Tal vez, también melancolía. Thae admiró como su rostro no decía nada pero tenía los ojos más carismáticos que jamás había visto.

—No.

—¿Por qué? —no fue capaz de detener su curiosidad hasta que fue demasiado tarde.

—Porque no creo que fuese una gran reina —sin embargo, para Wendy no parecía ser difícil de responder. En absoluto. En aquellos momentos se sentía como si ella estuviera dispuesta a responder a cualquier cosa que se le preguntara.

—¿Hay —incapacidad como para creer en aquel argumento —alguna razón para eso?

No habría de hacer preguntas tan alejadas de los límites si la contraria no le hubiese dado rienda suelta. No era definitivamente su culpa. Una idea brillante y luminosa picando en su lengua.

—Porque una buena reina debería querer serlo —fue práctica y sencilla. Y

totalmente realista. Tenía sentido.

La castaña cerró la boca por un momento. Ella ya se había hecho con el control de la situación: aquel era uno de los dones que no gustaba de explotar. Pero, a veces -solo a veces-, era necesario.

—Tengo un trato que proponerte.

[...]

Las alarmas sonaron entre los soldados como el canto de las sirenas.

Un par de días después, Liamed -en las sombras- ya se había hecho con el control de la ciudad y de cada informante no leal a Nywin o las tropas. No tenía nada en claro salvo la presencia real en aquellos asuntos. Más que presencia, había temido pensar.

Una pequeño asalto a una aldea en las cercanías de la ciudad llamó su atención y, producto de la batalla finalmente ganada por ellos, consiguieron una ventaja notable: un rehén.

Brisa desapareció de la noche a la mañana poco antes. De su boca no salió lo suficiente como para alimentar a la pequeña guardia y a Liamed.

—Podrías hablar ahora y conservarías tu vida —su voz, sincera. Él estaba hablando con todas sus cartas, estaba ofreciendo una oferta real antes de que la misma parca con su guadaña llegara. Habría querido tener al hombre hablando antes de que ella estuviera allí; no lo consiguió.

Los toques suaves en la puerta activaron sus sentidos. No habría tiempo ni piedad para el rehén. Ya no.

El hombre abrió. La chica de blanca piel entró, y su sombra fue peor que la de la escolta del rey al entrar en Ridbard meses antes. Su aura abarcó a los cuatro jinetes y al apocalipsis en sí.

Giró su cabeza hasta posar la hueca vista en los orbes de Liamed. La puerta, entrecerrada. Luego, toda su atención cayó sobre el joven hombre arrodillado. Tenía cadenas rozando sus muñecas y aplastándolas como pequeños y débiles palillos que podían ser fácilmente rotos.

Ladeó su cabeza.

—Oh, debe doler —fue el acertado comentario.

—Esto no es nada —su voz sonó muy rugosa.

—¿Cual es tu nombre? —ella se acercó, pero con una dulce pasividad, como una muerte se lleva al inocente.

Él vaciló.

—Rod.

La suya fue una sonrisa de comprensión.

—Y dime, Rod. ¿Tienes familia?

"Rod" asintió tras evaluar sus opciones.

—Mi esposa.

Wendy se arrodilló frente a él, armoniosa como una bailarina, como si todos sus pasos fueran cálculos milimetrados.

—¿Y la amas?

El hombre trató de alejarse, pero las gruesas cadenas -y algo más, quizá aprensión- se lo impidieron.

—Más que a mi vida.

Ella estaba totalmente frente a él.

—Entonces darías tu vida por ella.

Rod, alarmado. Algo consciente.

—Sí —e intentó sonar amenazante, pero sonó más como el chillido de un ratón antes de ser cazado por un águila.

—Veamos, Rod. Yo necesito una información que tú tienes. Y tú necesitas a tu esposa con vida —Liamed estaba siendo consciente de cómo un corazón tan cálido como el de Wendy podía enfriarse en tan solo unos segundos —. Pero ella no estará con vida para cuando salgas de aquí si no me das esa información —hizo un inciso en la palabra «esa».

El hombre se escandalizó. Encolerizó.

—No la tocarás —gritó.

Ella, con un gesto de completa paz, de benevolencia. Pero a su alrededor se respiraba algo parecido a la desolación. Ella lo haría.

—Buscaré —su voz, con una nota tétrica —, y buscaré, y buscaré, hasta que por casualidad, un día encuentre a tu mujer. Y entonces te la traeré aquí, frente a ti, y le diré que te de un beso. Y cuando por fin la tengas entre tus brazos, le cortaré la cabeza, y la dejaré aquí contigo para que la mires todos los días y recuerdes lo que perdiste por... una información.

Rod iba a protestar. Iba a llorar. Salvo que no lo hizo. Apretó la mandíbula. Lúcido.

Las arrugas tenues de sus ojos se curvaron.

—Os diré —finalmente fue capaz de hablar, débil y suplicante —lo que sea. Por favor, no le hagáis nada. No la matéis.

Wendy suspiró.

—Quiero que me hables —miró a su padre, ingenua acerca de qué tema tratar —de vuestro líder.

El hombre apoyó su frente contra el suelo, frío y sucio.

—Hay muchos líderes de escuadrones.

—No, no. Quiero que me hables de la cabeza pensante.

Rod derramaba livianas lágrimas sobre la superficie.

—La mayoría nunca le hemos visto —pareció que ya había terminado, y Wendy comenzó a levantarse —, pero sé su nombre.

—¿Cual?

Una sensación de asfixia llenó la estancia y las paredes parecieron cerrarse sobre ellos.

—Nywin, el rey —fueron sus palabras, pesadas y frías como un glaciar.

Wendy y Liamed, no sorprendidos, si no conscientes. La mirada de ella, sobria y lejana. Volvió a agacharse, y esa vez susurró en su oído.

—Le daré recuerdos de tu parte.

Rod sollozó.

Y, tras la puerta entrecerrada, estaba la otra joven, temiendo.

No podría haberse imaginado que la chica fuese capaz de actuar tan siniestra e inicua. No lo dejaba ver por la forma en que miraba al resto día

sí y día también. Wendy entendía realmente cómo funcionaban las personas, y ese era su don, Thae pudo ver: ella encontraba las palabras para amedrentar la voluntad de los demás. Además, no temía utilizarlo cuando le era necesario ni lo escondía. Por eso había podido notar tantas veces aquella aura de pesadumbre a su alrededor. Por fin lo comprendía.

Y aquello la asustaba. Temía haber utilizado su propia habilidad con la persona menos adecuada.

«Protégeme de las tropas y haré que no tengas que convertirte en reina para ayudar a los tuyos» ella le dijo.

«¿Y cómo harás eso?» la otra preguntó.

«Mi madre era hermana de la diosa Phíe. Hablaré con ella» fue su respuesta.

Capítulo 10

Vale confieso que este capítulo está totalmente escrito con las canciones Light of the Seven y Lord of Light, del soundtrack de Juego de Tronos. Vaya. Pues de ahí sale mi inspiración.

09 - Plaga

«En Dryssthol» Rod había dicho.

Liamed rezaba porque sus palabras no fueran mentira. Su caballo trotaba rápido y recto, y el camino sobre la pasarela del palacio de Vellgradia pareció el camino hacia una ejecución.

La pasarela de los caídos, a veces la llamaban. Mucho temió precipitarse por ella.

Semanas atrás solicitó una audiencia con el rey. Había trazado un plan junto a Wendy; su plan incluyó hablar. Él nunca fue tan buen hablador como ella, pero la tarea de su hija se encomendó a las cercanías.

Los ojos de los guardias sólo le dijeron una cosa: no esperes demasiado. Tristemente, aquel era el factor importante.

El enorme lugar, con su fachada dorada y los ventanales por los que traspasaba una luz irisada, se le hizo como una embellecida mazmorra, con barrotes plateados y suelos relucientes en los que podía contemplar su rostro como si fuera un espejo.

—¿Cree, señor, que es adecuado hospedarse en el palacio del rey? es —el jefe de la guardia trató de que nadie pudiera escucharlos —peligroso.

—Lo sé —Liamed afirmó —por eso le dije a mi hija que separásemos nuestros caminos de esta forma. En los palacios se libran las peores batallas.

El contrario no siguió hablando.

Los portones se abrieron. Eran pesadas y medían más de diez veces su altura.

Él caminó -con sus mejores hombres- a través del pasillo. El rey lo esperaba al final, con los ojos de un halcón pero las garras escondidas. Su mujer, Enda, no estaba a su lado.

—He escuchado tu nombre varias veces —la voz, gruesa y fuerte, se alzó

y retumbó en las paredes de la sala.

—Su Majestad —una larga reverencia lo hizo doblarse casi por la mitad y titubear. ¿Estaba realmente haciendo lo correcto?, ¿estaba escogiendo la mejor opción?

—Liamed Rhy, ¿no es así? —volvió a decir el otro —. Sí, claro que sí. Tu hermano Brytton no sería tan valiente, ni tu rey tan estúpido.

Él apretó su mandíbula, pero se mostró llano y benévolo. Debía serlo.

—¿Me conocéis, alteza?

Nywin se rió delante suyo, ásperamente.

—No lo suficiente. Os tenía por un hombre inteligente, conocedor de los que son sus aliados —se levantó —, y de los que no.

El instinto de Liamed lo llevó a desear poner su diestra en su espada; su racionalidad, a guardarla en sus espaldas. Hizo caso a la segunda, afortunadamente.

—No he venido con malas intenciones, alteza —su postura, mucho menos amenazadora que la del otro —. Estoy aquí para tratar algo que nos atañe a todos.

Nywin volvió a sentarse. Esa vez, destellos de curiosidad en sus ojos. Tal vez, diversión.

Después de un tiempo en el que el rey guardó silencio, accedió a escuchar.

—De acuerdo, pues. Pero habla rápido, mi tiempo es corto —dijo. «Y perezoso», Liamed pensó.

—¿Habéis oído alguna vez hablar de las tropas de bandera negra? —fue su pregunta.

A Nywin se le salieron los ojos durante un segundo, pero lo compensó con una mueca de animadversión.

—Claro que sí. Me llegan muchas quejas a lo largo de los meses por esos grupos revolucionarios. Causan estragos en mi reino y no puedo cazarlos porque son como una plaga de ratones.

El hombre cambió su peso de una pierna a otra. A él no le gustaba mentir.

Al contrario, por lo visto, sí.

—Esas plagas están asolando también mi reino. Mucho me temo que cada día son más grandes y más fuertes. He podido comprobar de primera mano cómo estarían dispuestos a masacrar a cualquiera en cuanto tuviesen oportunidad. En las islas Carótidas, están avanzando mucho más rápido de lo que nuestros propios ejércitos avanzan.

Nywin se acomodó en el trono, que parecía rígido e incómodo.

Parpadeó varias veces.

—¿Qué estáis tratando de decir?

—Estoy hablando de pactos —respondió —. Necesitamos ayuda de los ejércitos basílicos para terminar con ellos.

Imperturbable y estoico, ese era el rostro del rey de las islas del sur.

—Hablas de pactos, pero en tu pacto los únicos que salís beneficiados sois vosotros.

Liamed apretó su mano escondida. La apretó tanto que comenzó a sentir punzadas en sus dedos.

—Cuando ganemos la guerra en el norte, nosotros enviaríamos a nuestros hombres para defender Vellgradia y todos los lugares afectados por el mismo enemigo. Un trato —sentenció —justo.

Nywin ladeó la cabeza. Él parecía lucubrar sus posibilidades.

—¿Y puedo yo confiar en vosotros? solo tengo vuestra palabra, la palabra de un hombre que ni siquiera es la máxima autoridad del reino que pretende defender. ¿Por qué ese deshecho de Aldor no viene él mismo. Si fuera algo tan urgente —pero fue interrumpido.

—Con todos mis respetos, alteza, pero el rey Aldor estaba ocupado haciendo las preparaciones para la boda de su hijo. Es un acontecimiento importante en el que debe estar presente. Me envió a mí, como su directa voz, para transmitir su mensaje. Es un hombre de honor y palabra —y decidió pasar por alto voluntariamente aquel desprecio hacia la dignidad de su hermano.

El otro esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Una voz es suficiente para arriesgar la vida de mi pueblo, según tu

rey?

Liamed quiso revolverse y huir. No tenía nada para ofrecerle.

—¿Qué sería suficiente para vos, entonces? —intentó ganar algo de terreno.

—Una promesa —él dijo, simplemente —. Una promesa de sangre.

[...]

—¿Me harías el favor de poder contarme hacia dónde vamos a irnos? —Thae exigió.

Tres semanas después de su rescate, ella y Wendy habían establecido una relación amistosa. Quizá, de respeto.

—Me pediste que te protegiera, de modo que no puedo dejar que vengas conmigo. Te quedarás aquí junto a un escolta que velará por tu seguridad hasta que yo vuelva.

Wendy estaba apoyada en una gran mesa de madera que se encontraba en el comedor. Tenía un mapa del archipiélago extendido bajo sus manos. Miraba con atención dos lugares en específico. Parecía concentrada, pero se mordía el labio y movía su pierna con impaciencia.

La joven se acercó a ella.

—¿Qué? en mi petición iba implícito que no pudiéramos separarnos.

Miró el papel y, luego, a sus ojos. Estaban perdidos en su mente, y en los nombres que allí había escritos.

Uno de ellos era Ridbard. Había un pequeño y blanco copo de nieve junto al nombre. El otro, Dryssthol. No había nada dibujado junto a esa inscripción.

—Para venir conmigo has de saber defenderte, Thae. Tú, no sabes —su voz, templada pero firme. Como si estuviese hablando con un niño.

—Razón de peso. ¿Qué pasará si el escolta muere? yo también.

Wendy dirigió su completa atención a la chica.

—¿Y entonces qué pretendes que haga? —actuaba sencilla pero era fácil notar que la planificación la endurecía.

—Enséñame. Enséñame a defenderme y tal vez pueda ayudarte —fue su aclaración.

La joven de piel clara no dijo nada. Sus ojos denotaban una clara advertencia. Pero no era una advertencia de prohibido el paso, si no de cautela al avanzar.

Posiblemente, no habría vuelta atrás, descubrió.

Ella actuó comprensiva, sin embargo. Su mirada, una de profunda tristeza y compadecimiento.

—¿Alguna vez has matado a alguien antes? —fue su pregunta.

Wendy esperó obtener el no por respuesta.

O esperó una negación.

No la recibió.

—Sí —la palabra fue susurrada un largo tiempo de pausa después.

Thae no la miraba directamente, su mente parecía estar en otra parte.

La contraria vaciló, pero no demasiado. Era sorprendente porque no encontró en ella ese tipo de rastros. Cuando había muerte de por medio, se notaba en los ojos de la gente. Incluso cuando había sucedido muchos años antes, ese tipo de cosas nunca se borraban. Nunca se iban.

—¿Alguna vez —prosiguió —has matado a alguien porque querías hacerlo?

De nuevo, trató de vislumbrar la negativa.

—Sí —y su voz se escapaba como la de un prisionero.

Wendy frunció levemente el ceño. Pero fue una acción tan extraña por su parte, porque no estaba acostumbrada a mostrar qué sentía y qué no sentía. No salía de ella desde hacía muchos años.

—¿Alguna vez —aquella fue su última pregunta —has matado a alguien y no te has arrepentido?

Temió recibir una respuesta positiva, como las veces anteriores.

Thae negó levemente, después un un requerido tiempo en el que no había

devuelto su atención a la otra.

—No.

La joven pudo soltar el aire contenido y cerró los ojos.

—De acuerdo —terminó por decir —. Recibirás una instrucción mientras viajamos. Pero no dejaré que luches cuando lleguemos. Sólo si es estrictamente necesario.

Ella asintió, aterrizando en el presente, de nuevo.

—¿Quién me enseñará?

Wendy volvió al mapa.

—Yo.

Partieron un par de horas después. El relinchar de los caballos despertó a varios. No había amanecido para cuando llegaron a las murallas de la resplandeciente Vellgradia, pero no fue un triste adiós. Era una ciudad bonita, pero para Wendy tenía algo que la hacía sentirse como envenenada, como rodeada por serpientes. Thae lo vivió como un extraño reencuentro.

La invadió el miedo.

Durante semanas estuvo pensando en aquellas palabras que dijo; «hablaré con ella».

Había mentido. Ella no podía hablar con Phíe. Ella incluso se sentía insegura de que el manto protector volviese a funcionar de nuevo sin el respaldo de su tía, con quien no tuvo contacto alguno desde la noche de la pulsera. Agradeció que Wendy no cayera en su "habilidad" cuando discutieron si la acompañaría o no. Lo cierto era que no era suya. Nada era suyo. Simplemente, habían quedado restos de la esencia de la protección que la diosa le brindaba, y actuaron en su defensa en el momento oportuno. No podía volver a ocurrir. No después de tanto tiempo.

Algunas noches pensó en escaparse de la posada y desaparecer o dar alguna excusa, pero se resignó.

Ya había mentido una vez; no lo haría de nuevo.

«¿Alguna vez has matado a alguien y no te has arrepentido?» Wendy le preguntó. Se descubrió a sí misma pensando en si habría preguntado aquello porque ella misma lo hacía. Lo esperó. No estuvo segura de si le

gustaba la idea de que su compañera se sintiera tan a gusto frente a la muerte.

Y, por su parte, Wendy cabalgaba con delicadeza y actuaba como tal. Sus pensamientos se sucedían por orden de relevancia: en aquel momento, lo más importante era llegar a Dryssthol sin problemas. Mantener a su guardia con vida, mantener a Thae a salvo. Cumplir con las expectativas de su padre. Volver a Mesphia habiendo salvado a las gentes de todo un reino. Casarse con Daxtan y augurar paz para sus propios súbditos. Salvo que ella no deseaba casarse. Pero aquello era lo último en su lista de prioridades, claro.

Por el momento, le bastaba con llevar a cabo el plan con éxito.

—¿Estás bien? —preguntó a la otra joven, que iba a su lado. Le pareció algo desorientada.

—¿Eh? sí, sí. Sólo un poco cansada. ¿Cuánto durará el camino?

Wendy rebuscó en su memoria los números.

—No deberíamos estar allí más tarde de pasado. Lo ideal sería llegar mañana al anochecer. Haríamos campaña durante algunas horas, tal vez si es demasiado necesario, un día.

Thae esperó más. No hubo más.

—¿Y luego de la campaña?

—Luego, ganamos.

Palabras enigmáticas que hicieron un candado en la imaginación de la chica y sellaron el resto de dudas. No respondería al resto, lo supo. Decidió no presionarla.

Sintió como estaba caminando hacia la boca de un lobo hambriento y con los colmillos ensangrentados, estaba asustada. Pero, ella secretamente esperaba que los dioses la ayudaran.

Y si nadie la ayudaba, bien.

Tendría que empezar a actuar por sí misma.

Dato importante: los sucesos de este y los próximos -o solo el próximo, en realidad todavía no estoy segura- capítulos suceden en el mismo espacio de tiempo, solo que la narración se partirá entre dos puntos de vista.

Capítulo 11

10 - Espino

La pausa fue varias horas después. Sus monturas respiraban con pesadez y el picor que debían sentir en sus cascos, Thae lo sentía en la punta de sus dedos. Tenía la piel rojiza y sensible por las correas, producto de la carencia de experiencia encima de un caballo. Cuando sus pies tocaron tierra, casi la hacen desplomarse. Con temblores en las rodillas, descubrió a Wendy amarrando al corcel a una rama gruesa y baja. Ella vestía un traje largo y espeso de color negro, y la chica se preguntó como había sido posible para ella cabalgar con las mangas anchas impidiéndole la vista. «Tiene la práctica» se dijo.

—Descansaremos aquí. Hemos de partir antes de que el sol se pose bajo esa montaña —señaló al horizonte. Se había convertido en la comandante absoluta de aquella misión. Y, por eso, Thae se preguntaba dónde estaría Liamed. Se despidieron días antes, pero ella todavía no había obtenido ninguna respuesta.

—Wendy, espera—la llamó. La nombrada paró de caminar. La joven posó su atención en Thae, mas no dijo nada. Tenía los ojos de un cervatillo y la boca en una fina y esbelta línea—. Estaría agradecida de que compartieras conmigo tus planes.

Wendy la miró durante un largo rato, mientras su cuerpo apuntaba hacia delante y su cabeza, todavía estaba en su dirección. Luego, hizo leve una inclinación con la cabeza.

—Ven —su voz había sonado como la de quien se adentra en el bosque para no volver. Melindrosa y dulce.

Y el sol cayó, y hubieron de regresar al camino. Mientras avanzaban, Thae tocó con su mano izquierda el pomo y la empuñadura de su espada. Era pequeña y de bronce, pues no habían podido hacerse con una mejor en tan poco tiempo. Ella temió no ser lo suficiente como para blandirla. Todo lo que Wendy le dijo, lo había ensayado una vez tras otra, pero bien sabía que un día de instrucción no podría ser suficiente como para salvarle la vida ante una amenaza. Ya estaba pensando que había escogido la peor de sus opciones para cuando llegaron a una aldea negra y humeante.

La mitad de ella no era más que escombros y ruinas. La otra, todavía parecía albergar vida.

Wendy cabalgaba un poco atrás de esta, de modo que no pudo preguntar.

En cambio, se acercó al soldado a quien tenía al lado.

—¿Qué sucedió aquí? —fue la cuestión, hecha a trompicones pues el movimiento del caballo de vez en cuando la dejaba sin respiración.

El hombre la miró de soslayo.

—Las tropas, posiblemente. Vinieron y trataron de arrasar con el pueblo entero, pero algo las hubo de parar de quemarlo entero.

Thae sintió un apretón en su estómago que poco tuvo que ver con el movimiento del caballo. Se debió a lo repulsivo que le resultó aquello.

—¿Por qué?

La respuesta del hombre tardó en llegar, pues estaba ocupado esquivando a una mujer que caminaba por la estrecha calle.

—Porque así son ellos. Se llevan las vidas inocentes y dejan que todo el mundo les vea, para que nadie se atreva a contradecirlos, mi señora.

La joven apretó su mandíbula tanto, que probablemente le dolería hasta el día siguiente. Vio las caras de aquellas personas, que eran ajenas a cualquier movimiento que pudiese ocurrir en la capital. Santo Dios, algunos de ellos eran solo niños. ¿Por qué nadie querría llevarse sus vidas?

La imagen de aquellos hombres atacándola semanas antes consiguió su vello erizado.

Probablemente habría muerto si Wendy no hubiese llegado, con su permanentemente furioso caballo y sus, en aquel momento, ojos de águila. Le había salvado la vida. De tantas formas que siquiera imaginaba. La había alimentado y guardado a sus espaldas para brindarle protección, todo por una promesa que jamás podría cumplir.

Las cosas, algún día, se pondrían en su contra. Ella lo supo.

—Yo no soy tu señora —dijo, antes de frenar en seco.

Una cara que ya conocía la sorprendió.

Cuando estuvo frente a aquel hombre, se dio cuenta de su error; no era él.

—¿Rono? —dudó. Eran asombrosamente similares. Las mismas comisuras alrededor de la boca, la misma nariz curvada, las mismas cejas profundas.

El hombre la miró con obvia alarma -y miedo-.

—¿Conoce a mi hermano? —habían sido sus únicas palabras.

Las piernas de Thae flaquearon y la hicieron querer hundirse bajo la tierra. La joven recordó aquel día, aquel horrible detonante que provocó su expulsión de la posada. Ella había escuchado una conversación.

Negó rápidamente, incapaz de cerrar su boca, y subió de nuevo a su caballo con una velocidad que hizo al soldado de al lado retroceder. No había sido jinete antes, pero desde luego, podía sentir a su montura bajo ella. Tal vez le faltaba práctica, pero lo llevaba en la sangre. Prosiguió su camino en la avanzadilla del grupo, tratando de mirar lo menor posible a su alrededor. Y, mientras, Wendy proseguía mirando sus manos; frías, blancas, y llenas de cicatrices casi invisibles.

Cuando la noche hubo caído horas atrás, ella aprovechó el primer espacio resguardado que encontró y anunció que acamparían allí.

Se montaron pequeñas tiendas y se hizo un caliente pero bajo fuego que reconfortó sus huesos.

—Podéis ir a descansar. Mañana partiremos con las primeras luces —fue la orden que salió de sus labios. Los soldados asintieron y, más pronto que tarde, nadie quedó alrededor del fuego, salvo ellas dos.

Wendy miraba al cielo y, a los ojos de Thae, pareció una niña. Una niña débil a la que cualquiera podría aplastar, un pájaro que no es capaz de encontrar la puerta abierta de su pequeña jaula dorada.

—¿Crees que funcionará? —ella preguntó, para romper al silencio.

—Sí —la palabra llegó rápida y clara. Y su voz, aunque pequeña, sonó segura.

Thae asintió.

—Es un buen plan. ¿Quien lo ideó?, ¿tu padre?

Wendy dejó de mirar al cielo. Posó su serena mirada en la contraria. Su rostro transmitió pocas cosas, pero entre ellas estaba la pureza. Tal vez, también la sencillez.

—Fui yo —respondió.

La joven miró como sus manos se apretaban, algo temerosas de las palabras que debía utilizar. Supo entonces que podría haber dicho lo que quisiera, porque nadie le haría daño. De nuevo, miedo a gritar. A pedir auxilio. Era un hábito que había adoptado no hacía mucho.

—Tienes un gran don, entonces. No muchas mujeres hoy en día son instruidas como tú. Yo oí —trató de comenzar, pero antes de proseguir, hubo de comprobar que podía hacerlo sin peligro. Wendy estaba sentada frente a ella, con el fuego anaranjado de vez en cuando acariciando su rostro, pero estaba callada y su aura era una de sana curiosidad. Las cejas, siempre dándole ese aspecto de timidez inocente —, oí hace tiempo a gente de las tropas hablando sobre ti. Dijeron muchas cosas —secretamente, cosas que ella habría preferido olvidar —, pero sobretodo, dejaron en claro que gente como tú no podría hacer nada por defender su vida si esta estaba en peligro. A mí... me sorprendió mucho ver que estaban equivocados.

La mirada de la chica viajó -muy- lentamente, de Thae hasta sus pies. Estaba algo pesarosa. ¿Siempre lo estaba?

—La gente se equivoca mucho conmigo —y, sin embargo, ella no fue capaz de notar el doble sentido de sus palabras. Wendy no quiso afirmar que sabría defenderse. Wendy quiso avisarla de su piel de porcelana rígida y llena de sangre ajena.

—Ya veo —simplemente dijo.

Y, tras unos minutos en el silencio del viento que cantaba junto a las hojas de los árboles, comenzó a sentirse algo incómoda.

—¿Confundiste a aquel hombre en esa aldea? —la chica del vestido negro volvió a hacerse notar.

Thae volvió su vista a ella.

—Al principio sí —comenzó—, pero luego estuve segura de quien era —terminó por decir, para observar a Wendy asentir algo descompasada mientras miraba a través de la oscuridad de los árboles de su izquierda. «Ella no preguntará nada a menos que yo se lo diga», supo entonces —. Antes, de que me encontrarais con aquella pareja —decidió contar —, bueno, yo vivía en una posada. De ahí me echaron días atrás.

—¿Por qué te echaron? —la pregunta había sonado muy lejana, endeble y aguda. Como si su voz pudiera romperse con solo un estirón.

Thae miró un momento a su alrededor para ordenar sus pensamientos.

Decidió voluntariamente omitir algunos hechos.

—Antes de que me echaran —su evasión fue visible —, yo escuché algunas cosas —continuó —. El dueño de la posada de llamaba Rono. Se había marchado tiempo antes y volvió aquel día. En aquel entonces yo no sabía de qué y quienes estaban hablando; ahora sí. Rono tenía un hermano que vivía en una aldea —hizo un pequeño parón en el que nadie dijo nada —, y un sobrino. El chico —le costó no derramar ninguna lágrima porque había visto el rostro del hombre. Recordaba las voces de Rono y Holya, angustiadas. Recordaba a su hermano, a quien se encontró horas antes. Él, entonces lo había sabido, no habría sido capaz de luchar por su vida si lo hubiese requerido. Porque ya no tenía nada por lo que luchar —no sobrevivió. Ese hombre era el hermano de Rono.

Wendy no pareció sorprenderse. Sus ojos no mostraron debilidad, pero insinuaron compasión y lástima. Ella no expresó nada, pero Thae pudo sentirlo por su amargura siempre presente. No recordaba haberla visto nunca -desde que la conocía- con las arrugas de quien está feliz, adornando su rostro.

Pero no dijo nada instantáneamente.

—Y, entonces —el tono era cálido y apaciguador —, ¿por qué estás aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Has visto de lo que son capaces. Ellos te matarán en cuanto tengan oportunidad, igual que a mí y a cualquiera de los soldados que hoy nos acompañan. Muchos —y entonces ella pareció más tranquila que nunca— van a morir—las tres palabras helaron la corriente de las venas de Thae, porque dicho, se hizo más real —. Tal vez tú mueras también. Tal vez muera yo. Y aún así, quieres venir. ¿Tienes en tan poca estima tu vida?

Ella la miró, seria. Y, por un momento, se sintió algo ofendida. Wendy estaba con los labios entreabiertos y la vista fija en su persona. No pareció querer herirla. Claro, ella nunca parecía nada.

—Tengo en estima mi vida y la vida de todos esos inocentes. Apenas le dije nada a ese hombre, pero su pérdida —se obligó a decir —habló por los dos. No quiero que más gente como ese niño muera.

—Gente como ese niño morirá siempre —pero aquella dosis de realidad llegó tan rápida y aplastante que no tuvo tiempo de esquivarla —. Las personas siempre mueren.

Thae se preguntó como ella pudo decir eso sin que la bilis subiese por su garganta. Como podía ser capaz de aceptarlo sin luchar, siquiera, un poco. Cosas como aquellas siempre la hacían darse cuenta de cuan mal

estaban las cosas en la cabeza de Wendy. Ella podía ser tranquila y responsable, e incluso un poco mística, podía parecer una muñeca, pero el orden de qué era y qué no era importante estaba horriblemente enfermo en su mente.

Entrecerró los ojos.

—¿Y se supone que eso está bien?, ¿que debo vivir mi vida mirando hacia otra parte?

—No soy yo quien te dirá cómo vivir su vida. Pero tomé la decisión de convertirme en reina por proteger a mi pueblo, ¿no es eso suficiente para que puedas ver lo que quiero? a mí, no me gusta que la gente muera por nada. No me gusta que personas que no se lo merecen, caigan por guerras en las que nunca han tenido nada que ver, para comenzar. Por cosas de las que no son culpables —su voz, endurecida -lo cual era sorprendente, considerando la persona de la que estaba saliendo-. Las muñecas también se enfadaban, pudo ver Thae —. Pero yo, no puedo cambiar eso —entonces comprendió que Wendy no estaba enfadada. Estaba hablando con la verdad, una verdad que ella respiró y que hizo que su cabeza doliera por la frialdad que contenía —. Ni tú, ni mi padre, ni nadie. Ni siquiera los dioses. La gente inocente muere. Muere incluso más veces que la gente culpable. ¿Y qué se supone que debo hacer?, ¿mirar, cómo, uno tras otro, pierden la vida, y culparme siempre, y ansiar venganza, y perderme, y nunca poder dormir pensando en todos ellos? —negó, con un rostro que denotaba gravedad —ya soy demasiado mayor para eso —su mirada fue directa hacia sus pies—. La gente muere —cogió su propia espada y, después de acercarse a Thae, la apuntó —, así que preocúpate por mantener tu propia vida, y cuando puedas hacerlo, tendrás tiempo para mirar por los demás.

Ella se levantó y sacó su propio acero, que era mucho más pequeño y delicado que el de la contraria. El filo del arma de Wendy era largo y brillaba como los destellos de la luna. Su espada era plateada y larga, y tenía una empuñadura fuerte que se amoldaba a su fina mano como si hubiese sido forjada a medida. Había una inscripción en la parte superior de la hoja, pero no pudo leerla.

—¿Quieres practicar a estas horas de la noche? llamaremos la atención.

—Cada momento es crucial y necesario —su voz finalizó.

Luego, ya estaba decidido. Pero Wendy no atacó primero. No, claro que no lo haría. Ella no luchaba así. Ella esperaba a encerrar a su oponente y tenerlo justo donde deseaba. De modo que Thae avanzó e hizo que las espadas chocaran. Fue un golpe fuerte que hizo que sus dedos vibraran y

la mantuvo despierta.

Trató de respirar hondo, pero no pudo tomarse un descanso pues la otra se alejó veloz como una pantera, y en sus ojos pudo ver también la profundidad -tal vez algo amarilla- del felino.

—Eres muy poco firme. Tu soporte es débil. Podría hacer que te cayeras con un par de movimientos.

—Muéstrame —fue la respuesta de la más morena.

Wendy estaba plácida y silenciosa. No pareció ceder a la voz retadora de la contraria.

Se movió a su alrededor e hizo un par de ataques rápidos que Thae y cualquiera hubiera podido esquivar. No estaban en un combate real, pero se sintió como si lo estuvieran.

Luego, la más pálida hubo de esquivar ataques provenientes de la otra, que movía sus pies con rapidez pero torpeza, y entonces ella pudo ver el momento y el hueco. El problema de Thae era que centraba tanto su atención en una misma cosa, que el resto las dejaba olvidadas, como si no tuviera un cuerpo que proteger. La chica ansiaba tanto atacar, que olvidaba defender.

Hizo un amago mientras esquivó la finta de la contraria con un giro, y, entonces, ya estaba prácticamente debajo suya, agachada y con el filo apuntando hacia arriba. Se elevó rápida como la luz y, como consecuencia, la oponente hubo de defender su cuello, llegando obviamente tarde y provocando un impulso que su estabilidad no pudo soportar. Se cayó. Wendy, desde lo alto, la apuntó con su espada. Ella no estaba entretenida. Sus ojos eran los de un gran lobo que auguraba la espesura de la muerte. La punta estaba a centímetros de su entrecejo.

—Podría matarte si quisiera —dijo —. Otro no dudará.

«Mi padre irá al al palacio de Vellgradia y hablará con el rey».

[...]

—Si es tu hermano el que te ha enviado, entonces esperará noticias tuyas —la voz del hombre sonaba complacida.

—Sí —Liamed respondió.

—Ya se que el principito está comprometido con tu hija, pero, siendo sinceros, ¿qué podrá darle un insípido copito de nieve? lo que yo quiero

—él tenía un tono burlesco y jocoso —es expandirme.

—Con todo respeto —comenzó, pero fue interrumpido.

—Dile a tu hermano que le enviaré sus refuerzos si su hijo, el próximo rey, se casa con Maxcia.

Liamed estuvo un poco sorprendido. La oración le dejó con la boca seca y la garganta ardiendo. No obstante, sabía qué sacaría de ahí. Él no estaba haciendo una promesa por su honor.

Tardó en responder.

—No es una condición muy justa.

Pero Nywin sonreía en un grotesco silencio.

—Debo asegurar mi linaje, como ves. Tendré a gente de mi sangre en ambos tronos. Es una opción inteligente.

—Si tu hija se casa con Daxtan, los reinos se unirán. No habrán dos tronos.

Nywin se acercó, lento, hacia Liamed, y le puso la mano al hombro.

—Hablaremos de eso más tarde —fue su mísera respuesta. Unas palabras reservadas —. Pero, vamos, me imagino que estarás cansado. Debería darte una habitación para que pases esta noche —acompañó al hombre hasta el final de la sala. Allí, llamó a los soldados más cercanos y se dirigió a ellos —. Dadle un buen trato. El señor estará fatigado y quiero que mis invitados sean tratados con mano de seda. Una habitación de el ala este, vamos.

—Hoy enviaré una misiva al rey —su voz salió solemne, justo como había pretendido.

«Y yo partiré hacia Dryssthol. Nywin no sabe que yo estoy aquí también».

—Bien hecho —la voz del rey sureño, en cambio, brotó con mal fingida sorpresa. Obviamente, a posta. Se notaba un hombre curtido en regodearse frente a sus enemigos—. No te tenía por alguien tan consagrado su tierra. Me sorprende. Estás tirando por la borda el linaje real que tu hija podría haber tenido por unos simples refuerzos.

Liamed sabía por dónde debía tirar.

—Mi hija no fue instruida para ser reina. Lo más normal habría sido prometerla con otro señor de más bajo estatus, como cualquiera habría

hecho.

Nywin asintió.

—Pero yo me pregunto —comenzó cuando los soldados ya habían vuelto —, ¿por qué la eligió a ella? es algo que nos tiene a todos intrigados.

Y, entonces, se encontró entre la espada y la pared, deshecho en las preguntas que el otro le hacía. Podría responder con la verdad. Pero la verdad era peligrosa, y podía matarlo.

—Aldor siempre fue un hombre de familia —simplemente respondió.

«Mi padre le convencerá de hacer un trato para que no dude de su inocencia. Si él no sabe acerca de mi presencia en las islas del sur,» Liamed se fue tras los guardias, y dejó a Nywin mirándolo, con la cabeza ladeada y un deje de interés insano «no será capaz de prever su propia muerte».

Capítulo 12

Mira, los títulos de los libros bíblicos me parecen una pasada.

11 - Deuteronomio

Liamed escribió aquella carta.

Salvo que en vez de transmitir las condiciones de Nywin, lo que hizo fue explicarle su propia situación. «Necesito que me envíes una misiva donde aceptas sus condiciones. Estaré en el palacio de Vellgradia hasta que llegue» y «Wendy se está ocupando de asuntos externos» fueron unas de las cosas que dijo. Trató de ser lo menos explícito posible, por si el mensaje era interceptado. Lógicamente, lo descubrirían traidor, pero al menos, de aquella forma no revelaba absolutamente nada.

Aquello era peligroso y cualquiera habría tratado de evitarlo, pero él no. Confiaba en que Nywin no lo consideraría suficiente amenaza. De cualquier forma, aquello no era más que una distracción. Liamed sabía que, si hubiese confiado en el hombre no sabiendo nada, habría sido traicionado. Tenía las cartas de su parte, él pensaba. Nywin dirigía las tropas negras y se hacía una idea del por qué lo mantenía en secreto. Si no trataban de matarlo en su estadía en el palacio, tratarían de matarlo después. Era simple.

—Mi señor, ¿desea algo? —el sirviente preguntó.

—Enviad esta misiva al rey Aldor de las islas Carótidas.

Antes de que el papel pasara de las manos propias a las del contrario, Liamed quiso asegurarse pero, allí en Vellgradia, el engaño se veía incluso a través de las paredes, de modo que simplemente se la dio, con un deje de desconfianza.

—Trataremos de hacer que estén allí lo antes posible. Estoy seguro de que Su majestad el rey Nywin estará encantado de acogeros en su casa hasta que las respuestas lleguen —el hombrecillo trató de tranquilizarlo, pero fue reacio a confiar y, simplemente, asintió.

—De acuerdo.

El ambiente se hizo más sólido y pesado cuando el anfitrión envió a su guardia a avisar de que quería su presencia en el comedor real durante la cena. Aceptó de mala gana.

Nadie lo apuntaba, pero con los soldados caminando tras sus espaldas, se sintió como si lo estuvieran apuntando con las espadas, como el prisionero

que caminaba hacia su muerte.

El comedor, como tal, era un gran espacio abierto. De amarillas pareces con ensortijados y abundantes detalles florales, un suelo adornado con un gran tapiz dorado y la mesa, larga, de robusta madera y en la que esperaban Nywin y su esposa. No se miraban.

La suya era la familia más descompensada que alguna vez había conocido Liamed.

Enda pasaba su mano diestra por la copa fina y brillante, mientras el rey miraba en su dirección, con un aire de molesta consciencia e, incluso, satisfacción.

—Me complace tenerte aquí —le ofreció un sitio frente a él.

Nywin nunca había mostrado respeto, incluso cuando hablaba con sus iguales. Él podía ser un rey, pero Liamed tenía el honor y el porte, y habría sido, quizá, hasta mejor soberano que su hermano, quien sólo ansiaba más poder. Se debían respeto mutuo, y, sin embargo, el respeto sólo fluía por una de las partes. Por la otra, solo rondaba la soberbia.

Se sentó.

La guardia se marchó segundos después.

—Son platos abundantes —fue su única observación.

No habría probado bocado alguno de no ser por el sirviente que partió una gran porción del plato principal, lo que le dio a entender que no había veneno en la comida. Tampoco lo hubo en el vino, pues Enda y él fueron servidos por el mismo jarrón. Y, aún así, su hambre se quedó encerrada en el fondo de su estómago, junto con confianza.

—He oído que algunos son populares allí en tu tierra. Solo quería hacer de la tuya, una estancia más amena —explicó, para después darle un trago a su propio cáliz —y comprensiva.

Liamed no tuvo más opción que beber.

—Sí, algunos.

El comienzo de la cena fue silencioso y amargo, pero prontamente interrumpido.

—Y dime, ¿cómo son las cosas allí?, ¿cómo es tu familia? —aquel fue el intento de la mujer por hacer aquel tiempo, sostenible y agradable. Todo lo que era posible, claro. No fue un mal intento, pero las preguntas fueron

las más desafortunadas que pudo haber escogido.

Él tragó duramente, y sintió como los huesos de su tráquea podían haberse salido en aquel disgusto. Se le hizo un nudo la lengua.

—Tengo una familia sencilla. Tres hijos. La mayor, Wendy —quiso comenzar, pero la áspera voz de Nywin se lo impidió.

—El copito —fue su comentario, malicioso.

—Hemos oído que tu hija es bella y blanca como la nieve —trató de suavizar Enda.

—Lo es —Liamed asintió —, pero no tiene mucha experiencia tratando con la realeza.

—Si bien no me equivoco, ella —hizo un inciso el contrario —es de la realeza.

—No directa. Ella nunca fue princesa, ni sus hijos serán reyes algún día —la oración final, mirando directamente a Nywin.

—Pero, estoy segura de que le habría gustado —la mujer parecía suave y voluble como una brizna de hierba, no como el hombre con quien se casó. Liamed se preguntó si aquel habría sido su deseo, en primera instancia.

Él reflexionó. No hablar más de la cuenta era un requisito para el éxito del plan, recordó.

—Yo también —simplemente dijo.

—¿Y qué hay acerca del resto de tus hijos?

Se preguntó acerca del interés que la pareja mostraba en su familia, en sus hijos, e incluso en él mismo. Las intenciones de las tropas negras habían sido atacar Ridbard, se dio cuenta entonces. Sus hijos no eran realmente importantes para ellos. Para Nywin.

—Mi hijo mayor, Uric, heredará las tierras de Isentheod. Es un joven inexperto aún, pero tiene mano suficiente como para valerse los primeros años. Tengo plena confianza en él.

—Parece que les conoces mucho —fueron las embriagadoras y rebuscadas palabras de Nywin.

—Claro que les conozco. Son mis hijos.

Tras aquella afirmación, se oyeron ruidos rápidos y nerviosos al final de la sala.

Era una joven, con un largo vestido verde que arrastraba tras su paso, los brazos cruzados bajo su pecho y una gran tela oscura que cubría su cabello. Tenía una esbelta figura y parecía algo más joven que Uric, pero ya consciente, sin duda. Con la mirada perdida y una mueca de inquietud que trató de esconder, hizo una corta reverencia a los presentes y se sentó en la silla que quedaba libre.

Tenía los rasgos finos pero algo turbados, un lunar grande bajo su ojo izquierdo y la misma nariz que su madre. Poco más podía verse de ella. El traje le cubría incluso el cuello, a pesar de estar en verano. Ella debía estar sudando, se imaginó Liamed. No comió nada.

La chica era linda, de la forma en la que lo eran las jóvenes a las que el sol entregaba su cálida bonanza, oscureciendo su piel y haciéndola brillante.

—Ella es mi hija —anunció —Maxcia.

[...]

El viaje por la mañana se le hizo eterno. Mientras sus párpados se cerraban, ella observaba cómo Wendy soportaba incluso mareas por cumplir su misión.

Thae hizo que su montura avanzara hasta estar al lado de la otra.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, preocupada.

—Pasar esta noche en una posada de Dryssthol. El hombre, Rod, fue muy explícito. Las cabezas de cada escuadrón se reúnen en el campanar. Sólo tenemos que encontrarla.

—¿Y cómo sabemos que se están reuniendo?

Ella la miró.

—No lo sabemos. Dijo que lo harían.

—¿Así que confiamos en la palabra de ese hombre que podría mentirnos si quisiera y le dejamos libre? —Thae no pudo creer que pudieran haber sido tan descuidados. Pero no lo habían sido, entendió, al sentir como el escalofrío recorría sus vértebras una a una hasta llegar a su nuca.

—No nos mentirá —el tono de su voz era monótono y seguro como el infierno. Luego miró de nuevo al frente —. No puede. Además —añadió

—no le hemos dejado libre.

La joven frunció el ceño y volvió a aumentar el ritmo de la marcha, ya que se había quedado un poco atrás.

—¿Qué habéis hecho con él?

Wendy guardó un silencio largo y elegante.

—No está muerto.

Cuando no estaban demasiado lejos de la ciudad, los colores del atardecer asomaban ya y reflejaban luz naranja en los rostros de los viajeros. Los caballos todavía podían haber seguido cabalgando pero la chica ordenó el paso lento para entrar a la urbe.

Estaba prácticamente vacía.

Dryssthol no les dio una cálida bienvenida. Quienes allí vivían sólo demostraban su presencia a través de las luces amarillentas que salían por las ventanas de madera. Se escuchaban voces provenientes de las casas pero ninguna posada seguía abierta. Temieron no encontrar ningún sitio para descansar.

El campanar estaba muy cerca del centro de la ciudad.

Wendy bajó del caballo y se acercó al jinete más experimentado de sus filas. Tenía un rostro tranquilo y que, bañado por la claridad de la luna, transmitía candidez. Parecía una flor recién salida de un capullo por la que aún caían gotas de rocío matutino.

—Rodeadlo y buscad hospedaje en una posada cercana. Vigilad quién entra y quién sale. Thae y yo nos quedaremos en esta.

—¿Está segura de no desear que algunos de mis soldados se queden con usted?

—Id —susurró, para que el relinchar y los golpes de los cascos se hicieran presentes.

—¿Esperaremos hasta mañana? —la nombrada preguntó, con un tono preocupado.

—Esperaremos cuanto haga falta —Wendy hubo de responder —pero espero que no.

Aquel era un albergue pequeño y poco iluminado, olía a heno y lo llevaba una mujer joven que les dio una habitación austera a cambio de unas

monedas extra, a pesar de las altas horas de la noche. Allí no había mucho; un camastro en el que apenas cabía una persona, la vela que iluminaba el lugar y varias sillas alrededor de una mesilla de madera. La ventana era minúscula y rectangular, pero ofrecía una vista hacia el campanar. Thae no habría podido encontrar un escondite mejor.

—¿Crees que llegarán esta madrugada?

—No lo sé. Haré guardia mientras tú descansas un poco —ella dijo.

Thae ni siquiera tenía ganas de cerrar los ojos. El camino la había despejado. De cualquier forma, ella no se veía durmiendo mientras las cabezas se reunían. Si hubiese aceptado y los hombres se hubieran concentrado aquella noche, entonces Wendy no la habría despertado.

La promesa fue de protección, y la protección no se traducía a arriesgar la vida en una batalla. Ella lo sabía. Quería vivir, no estaba preparada para luchar. Pero algo en su pecho apretaba tan fuerte que el dolor se extendía a su garganta y la hacía incapaz de hablar sobre ello. El hermano de Rono perdió a su inocente hijo a manos de las tropas que su propio rey mandó, y como él, como él habían muchos. Cuántas veces caminó frente a moribundos a quienes las ansias reales habían arrebatado la vida, o estuvo presente en los paseos del monarca y su familia. Aquella no era una vida por la que ella habría rezado.

Le preguntó muchas veces a Phíe por qué dejaron que el hombre se hiciera con la corona; su tía nunca contestó. Prometió, eso sí, que las cosas podían mejorar. Pero a Thae no le bastaba con una posibilidad.

Cuando vivía en la posada, miraba día tras día su vida pasar y esperaba a un milagro. El milagro se había dado. Tal vez no era un milagro blanco y puro, no era un fenómeno que la salvaba de cualquier sufrimiento, sin embargo, en su corta vida aprendió muchas cosas. Ella podría ser una cobarde, pero definitivamente no una estúpida. Gracias a ello sobrevivió hasta ese día.

Y hasta ese día había decidido esconderse.

De modo que protestó.

—Tú has estado al frente en todo momento y apenas has comido nada en todo el día. Dudo que pudieras hacer nada sin descansar al menos un poco. Si alguna de las dos necesita reposo —argumentó, con la razón. Thae se prometió no discutir con la chica y hacerla pensar que aguardaría en el albergue todo el tiempo —esa eres tú.

Wendy miró brevemente en su dirección. Desenvainó la espada y la puso

en la mesa.

—Despiértame si ves a alguien entrando al campanar.

Seguidamente se echó en el camastro y cerró los ojos, pero en dirección contraria a la otra joven. Thae no pudo oírla respirar. La miró durante un largo. Siquiera se movía.

Luego centró largamente su atención en la espada que tiempo antes contempló. Era larga y de plata. La hoja reflejaba su rostro con lucidez y precisión. El filo podía cortarla con solo tocarlo, y tenía un color más dorado al resto. La empuñadura parecía de cuero negro, y el pomo también tenía un color oscuro. Tenía una muesca en el pomo, como si una piedra hubiese ocupado antes aquel sitio. Ya no había nada ahí. Sin embargo, observó las palabras que estaban escritas en la acanaladura. No las entendía, mas pasó su dedo por encima de ellas.

Aquel arma le gustó. Le pareció bonita, sí, pero le gustó porque parecía hecha por unas manos benévolas. Aquello la hacía sentirse segura, porque era el arma de Wendy, y si Wendy luchaba con aquella espada, entonces lo haría para velar por un buen fin.

Luego solo se quedó allí sentada, esperando por algo que aquella noche no sucedió.

Capítulo 13

Tal vez esto arruina un poco la experiencia del lector, o algo parecido, pero tengo a una persona que es básicamente la base que he utilizado para describir al personaje de Wendy. Se llama Son Seung-wan, pero su nombre artístico también es (de casualidad, en serio) Wendy. Por si por haber utilizado a esta chica de """""modelo""""" da la impresión de que es una fanfiction, aclaro que NO lo es. No estoy describiendo a la misma persona, no es un manuscrito basado en ella. Bueno, creo que se nota bastante, pero por si acaso, lo recalco. Esto N O es una fanfiction. Dejo abajo un par de fotos suyas, aunque aclaro que el pelo de Wendy (la protagonista de mi historia, no esta chica) es algo más claro.

12 - Blasfemia

Wendy fue la primera en despertar.

Apenas rozaba el sol la montaña más alta cuando sintió los párpados tan livianos que se despegaron solos. Se incorporó tan rápido que podría haberse mareado.

Thae estaba durmiendo en la silla, con los brazos sobre el alféizar. Por la ventana entraba una corriente fría que la hizo levantarse. Miró a su alrededor, algo desorientada todavía.

La vela estaba apagada y de ella ya no emanaba humo. Aquello significaba que de eso hacía tiempo, y si la chica no se había ocupado de

encenderla, es que llevaba así horas. Con movimientos desordenados, se apresuró a mirar hacia el campanar.

Todavía estaba oscuro y era difícil distinguir algunas formas, pero, lo que vio, no le pareció sospechoso.

Tocó el liso hombro de la joven y la sacudió suavemente. Le costó despertarse, pero cuando lo hizo, empujó con fuerza que no supo contener a Wendy. Había sido tan solo un instinto, pero la hizo mirarla con arrepentimiento.

Ella no pareció sorprenderse, solo se quedó a una distancia prudente.

—Perdón —Thae se pasó las manos por ambos brazos y los notó fríos, entumecidos. Se apretó un poco a la pared que tenía atrás mientras los segundos avanzaban —. Me he asustado.

Wendy le brindó una mirada de comprensión y aliento. Ya lo notó el primer día, aquella aprensión de la más morena al contacto, a ser tocada. Un miedo irracional a, ¿qué?

—Olvídalo —dijo, para girarse y envainar la espada —. Quédate aquí —luego volvió a dirigir su vista a los ojos contrarios, prácticamente implorando —, por favor.

Su vello erizado, los pies rogando por poder moverse e ir a comprobar que nada había entrado al campanar mientras ambas dormían. Buscaría a los guardias y con ellos hablaría.

Thae, inquieta y aturdida.

—¿Volverás?

Wendy apretó la espada, pero su rostro no mostraba ansiedad o nerviosismo, si no sosiego. Tenía en los ojos la rigidez de una marioneta y en los dedos la firmeza de un astado. Rojo incólume en los labios y rosa virginal en las mejillas.

—Seguro.

Luego desapareció por la puerta y minutos después pudo verla tomar la calle con rapidez.

Se quedó ahí, sin saber demasiado bien qué hacer. No podía volver a echarse a dormir, de modo que asió la bronceada espada y trató de no cortarse mientras ensayaba cómo hundirla en el cuerpo contrario.

Podía moverla con mayor fluidez cada vez que la cogía, lo cual terminó siendo la mejor parte; poder observar cómo día a día se hacía más con ella y la dominaba con más facilidad. En parte le asustaba que aquel filo pudiera volverse contra ella, pero no más que el no ser capaz un día de darle un correcto uso. De manera que practicaba siempre que podía.

Wendy no tardó en volver.

—¿Algo? —preguntó.

Ella simplemente miró por el ventanuco.

—Esta noche no. Habrá que esperar a lo largo del día. Dudo que se retrasen más.

[...]

El sonido que Wendy hacía para afilar su espada no era tranquilizador.

Era un augurio de confusión y sangre.

Alguna vez el olor de la sangre llegó a Thae. La había hecho picar y retorcerse en temor y angustia, la había hecho huir y compadecerse de sí misma. El hedor del líquido había invadido sus fosas nasales y las había llenado de cuervos y graznidos.

Ella estaba sentada en su silla, con la atención en el arma y en los movimientos de las manos. Apenas dijo nada en todo el día. Apenas miró a su alrededor. Centrada en su voz interior y en terminar de pulir la hoja, no reparó en las vueltas y vueltas que Thae daba por la habitación.

—¿Estabas teniendo una pesadilla? —su voz, un hilo pequeño y tenue.

—¿Qué? —la joven preguntó, confusa.

—Esta mañana. Te asustaste cuando te —la palabra «toqué» rozó sus labios —desperté.

Thae comprendió. Ella, sin saber como realmente contestar.

—Sí. Pero no recuerdo de sobre qué era —sus palabras, directas y compuestas por un amargo sabor que cortó el paso a más preguntas.

Unos toques en la puerta las alertaron.

Solo se dio cuenta de que había mentido cuando bajaba las escaleras.

[...]

—¿Cuál es el plan? —preguntó sin siquiera pensar.

La chica los tenía a todos a la espera, mientras oían murmullos de la parte superior.

Wendy miró al pequeño escuadrón. «Mantenerlos con vida» pasó por su mente. «Al menos, a cuantos pueda».

Pero el objetivo no era hacerlos sobrevivir, no. El objetivo había sido siempre matar a las cabezas de cada tropa. A todas y cada una de ellas. Si eso significaba sacrificar alguna vida, incluso si era la suya, que así fuera. No debían haber supervivientes, fuera como fuera. Si no, las noticias de que habían sido ellos llegarían al rey Nywin y podría declarar la guerra contra las islas del norte. Ella no se vio capaz de afrontar aquello, de modo que no lo pensó.

—Subiré arriba yo sola.

—¿En qué piensa?

—Trataré de —comenzó a decir —matar a uno o dos, con suerte, si les pillo por sorpresa.

—En ese caso puedo subir yo —el de mayor rango dijo.

—Con vuestra armadura, no me extrañaría que os descubriesen enseguida, a cualquiera de vosotros. Subiré yo. Me imagino que el ruido os bastará para saber cuándo entrar. Thae —esa vez, mirando a la joven directamente, con los ojos del venado que está siendo cazado —escóndete, o mantente tan al margen como puedas. O sal de aquí.

Ella asintió con gran rapidez, pero no se movió. Apretando la pequeña espada bronceada con las manos.

Todavía pudieron escuchar las voces de los hombres para cuando la chica entró.

Todo sucedió tan rápido como cabía esperar. Siquiera tuvo tiempo de respirar antes de alertarse. La chica tenía una pequeña rendija frente a sus ojos por la que mirar. Demasiado cerca, habría pensado; si hubiera tenido la mente en condiciones para pensar, claro.

Las personas que allí había se podían contar con los dedos de la mano. Siete, ocho tal vez. Todos vestían visiblemente armaduras pesadas, probablemente acero. De cualquier forma, no se diferenciaban demasiado a las de los soldados aliados, salvo que el emblema de un ojo cubría gran

parte del pecho y los hacía emanar el aura espesa de la que venía quejándose tiempo. En sus ceñudos rostros podía fácilmente ver amargura con un experimentado tinte de conocimiento. La mayoría debía seguro doblar -o triplicar- su edad, por la blancura en sus cabellos y las arrugas de los ojos, pero no todos presentaban las mismas características. Capas cubriendo las anchas espaldas, algunas negras, otras marrones, otras de colores que bien podían haber sido manchados y mezclados con el pasar del tiempo. Quien hablaba en aquel momento, sin embargo, tenía las características de un fuerte roble, joven y seguro. El pelo tan negro como el ébano, apagado, cayendo en cortos mechones sobre la frente, los ojos de un depredador y la mandíbula tensa. El ceño fruncido y la vista, total y completamente sobre Wendy. Parecía el más joven de todos.

«¿Quién eres? no deberías estar aquí» su voz, tosca, llegó a sus oídos como una flecha de plomo.

Wendy no vestía como una cortesana corriente, pero nadie habría dicho de ella que trataba de matarlos. La joven había dado tan solo un paso, pero se veía apocada y casta como una rosa de invierno; no resultó una amenaza demasiado grande. Los hombres, visiblemente confusos, dejaron lo que fuera que estaban haciendo para centrar su mísera atención en su persona.

«Yo solo oí voces» las palabras de ella salieron como un suspiro. Todo formaba parte de la actuación, Thae se dijo, solo que no lo parecía. Hasta aquel momento, el pensamiento de una Wendy reacia a recibir atenciones no había pasado por su cabeza -demonios, se habría tomado por tonta si lo hubiera hecho-, y, sin embargo, muchas cosas pasaban a cobrar sentido. Si ella no quería ser reina, razones debía tener. Claro, ahí estaba una de las razones. La gente mirándola, la gente hablando sobre ella, alabándola, criticándola, y fácilmente angustia y ansiedad corriendo y martilleando en sus entrañas. Pudo remotamente entenderlo.

«Vuelve por donde hayas venido, niña» uno de los hombres con aspecto más maduro comentó, hastiado. El hombre de pelo negro, mirando con apatía y fastidio.

La chica fue, escurridiza como una serpiente, hasta el individuo que dijo aquello y, con el corto y tajante movimiento de la mano -y su espada, antes oculta tras las faldas-, arrebató su vida. El golpe había sido mordaz e inesperado, y Thae aún podía reproducir en su mente el sonido de la carne rasgándose y la garganta cerrándose en un grito que nunca pudo salir.

Rauda, Wendy se apartó, mientras el resto de los presentes iban hacia ella. No parecía haberle afectado el acto.

—¡Ven aquí, sucia perra, te voy —y entonces ya no pudo oír el final de la oración. El manto de hombres que, como ella, esperaron el momento exacto para actuar, entraron en masa a la gran sala.

No era sencillo tratar de deducir cual de los dos bandos ganaría. Los caballeros que iban de su parte, numerosos, pero las cabezas de las tropas eran fuertes y blandían la espada con honor y orgullo. Por un momento, el pánico la invadió. Cuando había espesa sangre viajando por los suelos y cuerpos amontonados, ella pudo vislumbrar a la otra joven. No estaba en la mejor de las situaciones.

Jaleo en los exteriores, Thae temiendo que la guardia real entrara al campanar y apresara a los sobrevivientes. Apenas dos hombres enemigos en pie: uno luchando con Wendy, y el otro acercándose, sibilino como el cascabel de una serpiente, por detrás.

Sus pies no pensaron tanto como su cabeza. Clavando cada paso que daba, sin mirar a su alrededor, la vista en el hombre que se aproximaba a las espaldas de la contraria. Habría podido quedarse escondida y esperar, habría podido apartar su mirada y, tal vez, intentar sobrevivir de alguna otra forma. No lo hizo. Wendy provocó un profundo corte en el costado de su oponente, quien calló arrodillado, quizá muerto. Ella no se paró a comprobarlo. Su espalda picando por presencia inminente, se giró, pero la imagen que recibió no fue mucho más que deprimente.

La de piel más oscura había clavado su pequeña espada bronceada en el torso superior del hombre. Todavía podía ver la punta sobresaliendo del cuerpo, apuntando directamente hacia su frente, para cuando se dio realmente cuenta. El hombre la estaba mirando, pero en sus ojos solo encontró la escasa desventura que lo mató.

Y cuando cayó, el sonido del cadáver inerte, los duros huesos chocando contra las baldosas y el cráneo rebotando se grabaron en la memoria de Thae como cuchilladas. Sus propios ojos, desorbitados, los oídos cerrándose, aislándose del resto de ruidos aledaños, y su propio cerebro bloqueando cualquier raciocinio. Ella no estaba siquiera pensando en nada cuando lo hizo. Las alarmas simplemente habían saltado, y la hicieron precipitarse y sacar fuerza del estómago.

Vomitó. No quiso hacerlo sobre el cuerpo del hombre, pero no le dio tiempo a apartarse. La bilis se escurrió de sus labios como si la arena de entre sus dedos fuera. Mareo y asco nublando todo. Pero aquello cesó cuando una presión rodeó su muñeca y la hizo levantarse, ligera como una pluma. No apartó la mano.

—¿Queda alguno? —fue la pregunta que Wendy hizo, como si la sangre que manchaba sus zapatos no fuera repulsiva. Aquello hizo a Thae volver, de nuevo, la vista hacia el hombre tirado en el suelo, sin embargo tuvo

que devolverla a la chica rápidamente, tratando de evitar arrojar.

Los pocos soldados en pie negaron. Habían finalmente completado la misión.

—Wendy, tenemos que irnos —ella no supo ni como había sido capaz de hablar. Temió que el hedor de los muertos se filtrara por su boca o nariz. No ocurrió. Descubrió, extrañamente sin pesar, que la sala no olía a nada. No había peso sobre sus cabezas, no había niebla atrancando sus gargantas. No había lágrima alguna recorriendo sus mejillas.

El soporte de la chica más pálida todavía reconfortándola y estabilizándola en el suelo, sin dejarla caer. Aquella fue la primera vez que mató en mucho tiempo. No lo recordaba tan rápido.

La nombrada la miró por un corto tiempo. En aquella mirada simplicidad, calma y silencio.

—Hemos de irnos antes de que la guardia venga —ella dijo, con voz de ruiseñor. Vaporosa y evanescente.

Los apenas cinco soldados en pie salieron de la sala, con sonrisas de triunfo que podían deshacerse con un soplo. Wendy no parecía feliz, aunque tampoco triste. Parecía estar en otro sitio. La boca entreabierta, y pequeños cortes sobre la piel de los delicados labios, rojos, sangrantes y agudos.

—Gracias —Thae se apresuró en hablar.

—Tú me has salvado. ¿Por qué me agradeces? —el tono de la contraria seguía siendo ausente y débil, como si fuera un pequeño animalillo asustado.

Y ella no se lo dijo, pero el agradecimiento fue por sostenerla y mantenerla a flote mientras la torre de su cordura se caía a pedazos.

Salieron del campanar e intentaron alcanzar a los jinetes, que se habían ya dispersado en Dryssthol, camino hacia el punto de encuentro.

No rezó mientras estaba clavando su espada en el cuerpo de aquel hombre.

No volvió a rezar a partir de ahí.

Capítulo 14

Este capítulo ha sido escrito con la canción «Love» de Lana del Rey.

13 - Rebato

El punto de encuentro era Vellgradia.

Las órdenes fueron claras: en cuanto se llevara a cabo el cometido, los supervivientes debían regresar a la posada que ocuparon en la ciudad días atrás. No se encontraron con ninguno de los jinetes aliados.

Thae guardó silencio durante todo el primer día. Cuando la noche cayó y debieron parar, sus labios definitivamente se sellaron.

Wendy, confusa, pero con la mente en otro sitio.

—No nos quedan prácticamente provisiones —fueron sus palabras —. Deberíamos aligerar el paso para llegar mañana cuanto antes.

La chica asintió.

—Ya vamos bastante ligeras —la voz de ella, tal vez, beligerante; no lo suficiente como para que las alarmas saltaran.

Wendy centró su atención en las manos de la contraria, ávidas y nerviosas, constantemente moviéndose, como si tuvieran vida propia y estuvieran intentando hacerla darse cuenta de algo. Como si trataran de avisarla de un peligro. Una sensación de incomodidad picando en sus dedos y haciéndola apartar la mirada.

Ninguna de las dos había estado completamente centrada, de cualquier forma. La primera, porque realmente nunca lo estaba. La segunda, por que debía sentirse devastada, Wendy imaginó. Le costó realmente hacerse con la delicadeza y empatía para llegar a aquella conclusión; la primera vez que ella mató a alguien, era porque se lo merecía -aunque aquella no fue la primera vez de la otra, sin embargo-. No lo había lamentado nunca. Tampoco se paró a pensarlo. Los años la llevaron a dejar de cuestionarse demasiado a fondo si sus decisiones eran las apropiadas.

—Como quieras —decidió simplemente responder. Sonó frágil y algo pusilánime.

Frotó su rostro y se dejó hacer contra el pequeño tronco en el que

apoyaba la espalda.

—Quiero llegar cuanto antes —la otra chica hablaba y a uno se le podía meter bajo la piel la aflicción que denotaba. Wendy hubiera querido decir algo reconfortante, pero no pudo. Nunca supo cómo hacer sentir mejor a los demás. Ella podía retorcer y amoldar sus palabras para que cupiesen en los oídos de las personas, pero nunca para reconfortarlas.

—Lo intentaré —solo dijo —. Thae —cuando la llamó, siquiera sintió cómo la otra la miraba —, no pienses demasiado en ello. Lo mataste —su obligación afirmarlo —. Él no puede reclamar por ello, así que olvídalo —negó levemente.

Luego, ya había apoyado su sien contra el tronco. El cielo era liso y plano, no podían verse estrellas en él. «Demasiada luz arriba» pensó«demasiado poca abajo».

No había esperado una contestación a ello.

—No me asusta haberle matado —la mencionada expresó. Le temblaba el labio inferior, su palma acariciando la muñeca contraria, con demasiada energía.

—¿Qué te asusta, entonces?

Thae suspiró. El gesto, con un deje atormentado.

—Me da miedo —hubo de comenzar, exánime, delicada como un pequeño colibrí. Quizá a punto de llorar, pero completamente inconsciente de ello —que no me importe. Estoy completamente aterrada de convertirme en alguien a quien le da igual —las palabras, estranguladas por la garganta, cerrándose con cada respiración —la vida. Como —pero la interrumpieron.

—Como yo —fue el turno de Wendy. La joven, contrariamente a lo que habría pensado, no dio indicios de sentirse ofendida. Ella sólo estaba ahí, tenue, lejana.

Ambas mirándose a través del pequeño fuego.

—No creo que te de igual la vida de los demás. Sé quién eres, sé qué haces. Confío en tu causa. Pero —apartó su vista —no sé si está bien tener esta sensación de... vacío. Me da igual que ese hombre haya muerto. ¿Está eso bien?

La contraria cerró los ojos lentamente.

—No lo sé.

[...]

El día que Liamed recibió dos misivas de su hermano estaba lloviendo.

El verano de Vellgradia había cocido sus entrañas durante su estadía en el palacio -que no fue larga en demasía-, de modo que a todo el mundo extrañó cuando las gotas comenzaron a caer sobre sus cabezas.

El sirviente tocó a su puerta con emoción contenida y dejó aquellos papeles sobre su mano. Tras una reverencia, volvió a encontrarse solo. Se sentó.

Debería habérselas entregado a Nywin antes de leerlas, pero qué demonios, sabía que no podía.

La primera era más grande y tenía estampado un gran sello negro -el emblema de la corona norteña-. Cuando la ojeó, no encontró nada sospechoso. En ella estaba escrita la respuesta a la petición del rey Nywin, una invitación a hablar en persona y establecer un trato. También se mencionaba el requerimiento de su propia presencia en Mesphia lo antes posible. Estuvo conforme cuando la leyó.

La segunda misiva no tenía sello de la corona; era especial y exclusivamente para él. El contenido lo hizo estremecer y levantarse. La angustia lo invadió y lo colocó como del revés, la cabeza a punto de estallar y la bilis subiendo por su garganta.

Escandalizado, pero consciente. A ojos del rey Nywin, no tenía que saber nada. Era solo un enviado. Un ignorante. Un peón.

Cuando salió de sus aposentos, se encontró con que los pasillos era más largos y los techos más altos, intocables, una muerte segura.

Más de una semana había pasado alojado en aquel lugar, supo que Aldor había contestado en cuanto pudo y por eso los mensajes habían llegado tan rápido. Él no estaba seguro de poder mirar a su anfitrión sin matarlo. La cólera se acercaba a su real estado.

Se obligó a respirar hondo y no perder la calma. Tirar su plan por la borda no era una opción. Pensó en cómo se habría sentido si la tarea de Wendy no se diera con éxito; no le gustó. De forma que mintió.

No le gustaba mentir, le hacía sentir una persona indigna de la confianza de los demás. Estaba dispuesto a hacerlo cuanto hiciera falta para salir de allí con algún resultado positivo lo antes posible. Consiguió ese resultado.

Entró al gran salón con solemnidad contenida y visible parafernalia.

—Buen día, Liamed —la voz del hombre había sonado gruesa y severa. No hubo rastro de diversión en sus palabras.

Se obligó a responder.

—Buen día, Su Majestad —su inclinación fue corta y desobediente. Esperó que Nywin lo achacara al "júbilo" de las noticias —. Hay nuevas de parte del rey Aldor.

El contrario, esa vez sí, le miró con ansiedad.

—¿Tu hermano ha respondido?, ¿y bien?

Se acercó a él y, con repulsivo cuidado, le entregó la misiva.

—Es una contestación razonable.

—¿Razonable? —el rey habló, adusto y afilado como una piedra bajo agua de río —esto no es más que una manera de alargarlo todo. No es demasiado inteligente, si lo que necesita es ayuda con urgencia.

—¿Está descontento con la respuesta de mi señor, el rey? —fue el turno de Liamed para hostigar al otro, conforme y satisfecho -todo lo que su turbación le permitió-.

Nywin le miró, su ceño frunciéndose a medida que los segundos pasaban.

—Estoy decepcionado —asintió —pero acepto la propuesta. De cualquier forma, esta no es la primera noticia que me dan hoy. Mis fuentes han afirmado que hace unos días hubo un asalto en una de las ciudades cercanas a Vellgradia, Dryssthol —el vello de Liamed erizándose. La preocupación de haber sido descubiertos asolando su cabeza —. Han sido encontrados muertos todas las cabezas de las tropas negras —él no se percató de su desliz. ¿Cómo el rey iba a saber acerca de la organización del enemigo si no era parte de ella? —. Sin excepción —hizo un gran inciso en aquellas dos palabras.

—¿Y cómo es eso una mala noticia? —hubo de preguntar, secretamente feliz. Wendy había tenido éxito. Aquello le bastó para afianzar sus fuerzas.

—Yo no he dicho que sea una mala noticia —de nuevo el tono amenazante del contrario. No era tan buen embustero entonces, Liamed pudo notar —, pero el ataque lo ha realizado un grupo que no conocemos. No vestían

ropajes de campesino, las fuentes advirtieron, pero ningún emblema decoraba el atavío de los cuerpos encontrados. Sería preocupante si se volvieran contra la guardia real —dijo.

No parecía realmente sospechar. Aquello era bueno. Muy bueno.

Significó que su estadía en el palacio sureño llegó a su fin.

—Si me permite, Su Majestad. El rey Aldor indica en la misiva el requerimiento de mi presencia en la capital —fueron sus palabras, rápidas, con un destello de anhelo, desesperación —. He de irme cuanto antes, ahora que las negociaciones han llegado a una pausa. Esta noche a más tardar marcharé.

Nywin elevó el mentón, la cabeza bien alta.

—Como gustes. Dile a tu hermano —finalmente dijo —que allí estaré.

Las palabras resonaron en su cabeza como un augurio de desesperanza y resquemor. ¿Era finalmente una buena idea invitar a ir a las islas del norte al enemigo? tal vez un movimiento apresurado de su hermano, se dijo. Pero lo agradeció. Aquella rapidez fue por su bien, para darle las malas nuevas.

«Aquí en Mesphia estamos teniendo muchas complicaciones, los señores están temiendo las revueltas con cada vez más gravedad».

Puso los ojos en su espalda mientras las angustiantes horas se cernían sobre él. Nywin había sido conocido no por ser un hombre comprensivo. Quién podría saber si la impulsividad se hacía con su control y mandaba su cabeza como objeto de satisfacción.

Mantener su vida fue objeto de prioridad mientras trazaban el plan. Él ya sabía que debía andarse con cuidado por aquellos pasillos. No confiar en los sureños estuvo a la orden del día en sus pensamientos.

Mientras el día llegaba a su fin, trató de digerir la otra misiva. Las palabras se hicieron bola y atrancaron su gaznate con gran eficacia.

«Oí algunos rumores hace poco, pero no estaba tan seguro como para hacértelos saber e interrumpirte».

Después de reunidos los soldados que habían llegado junto él al palacio -convenientemente embutidos en armaduras con el emblema real, para así asegurarse que nadie sospechara de los que habían ido a Dryssthol-, la marcha comenzó. La despedida fue rígida y fugaz. Maxcia no hizo acto de presencia, Enda sonrió amablemente y Nywin los miró un largo tiempo, como si para él fuera un gran esfuerzo, como si diera su brazo a torcer.

Como si estuviera haciéndoles un favor al dejarlos marchar. No trató de hacerlo cambiar de opinión.

Su caballo pareció recibirlo, nervioso pero complacido. Los fuertes cascos sacudieron a los que miraron la escena.

«Ahora estoy seguro. Liamed, tienes que volver a Ridbard».

Cabalgó raudo como una flecha y se perdió entre las calles de la ciudad.

«Las tropas la han tomado».

Capítulo 15

14 - Cellisca

Wendy paseaba por su habitación, y era inquietud lo que pudo notar en la boca de su estómago. Había pasado los últimos días retrasando lo evidente, ella no se impacientó ni instó al resto de los que, con Thae, encontró allí en la posada -el punto de encuentro-, a hacerlo. Pero el tiempo pasó y no hubo noticia ni rastro de Liamed. Entendía que la estancia en el palacio real podía darse a alargamientos y problemas, pero ningún aviso la preparó para aquella incertidumbre.

Ella ni siquiera podía saber si su padre seguía vivo o no.

Horas antes puso a los soldados en fila y, con los músculos de la mandíbula adoloridos de tanto apretar, pidió que no la molestaran con nada que no demandara urgencia; a Thae sólo la miró. Wendy no era impaciente y por lo general simplemente callaba a la espera de noticias, pero no aquella vez. Aquella vez la molestia la sacudió y prefirió no ocultarlo, como solía hacer.

Un toque áspero contra su puerta y reconoció la voz apremiante de la joven tras ella.

—Wendy—pronunció su nombre con cuidado —tu padre está aquí.

La respuesta no se hizo esperar, pero lejos de exaltada, la chica, a los ojos de Thae pareció meditabunda y turbada. Tenía las finas cejas en una curva de preocupación y las comisuras apuntando hacia los hombros.

Bajaron rápidamente las escaleras hasta la planta baja, donde pudo encontrar al hombre alto y recto, como una vela apagada. Estaba dejando su espada sobre la mesa y tras él, los caballeros que aguardaban su seguridad inspeccionaban el lugar. No encontraron más que guardia aliada.

Cuando sus ojos se encontraron, Liamed se acercó rápidamente a ella y la abrazó con emoción contenida. Wendy posó sus manos sobre su nuca, pero no hizo más al respecto. Rápidamente se separó de ella y la miró con intensidad y congoja.

—Temía —él comenzó —que hubieras muerto.

Negó lentamente y su nariz se coloreó.

—¿Qué ha pasado en el castillo del rey?, ¿sospecha?

—Nywin no tiene idea de lo que ha ocurrido con sus ratas amaestradas, pero fue un cúmulo muy grande de tensión y malas noticias. En días como estos agradezco a los dioses que me concedieran el don de la diplomacia —dijo.

—¿Cual es el plan actual? —fue su pregunta, apacible, aplacada.

Entonces Liamed se alejó irremediablemente de ella y volvió a la mesa donde había dejado el gran acero.

—Hija, tenemos que volver a Ridbard. Tu tío me envió un mensaje en el que decía que las tropas la habían tomado —su tono, añadiendo gravedad al asunto y haciendo al vello de Thae erizarse. Pareció estamparse contra una pared más que la verdadera implicada.

Wendy solo cerró la boca durante algunos instantes.

—¿Y Uric y Carrah? estaban en la ciudad, dejaste a mi hermano a cargo. ¿No la defendió?

—Ahora mismo no estoy pensando en si la defendió —contraatacó el hombre, confuso.

La chica oscureció su gesto.

La cabeza de Thae trabajaba a velocidades vertiginosas para tratar de entender la situación. Sacó dos cosas en claro: que Wendy tenía dos hermanos y que, para su disgusto, confiaba en ellos más de lo que debió haber hecho.

—No sabes si están vivos —su tersa y aterciopelada voz se hizo notar, pero no fue una pregunta —o si están muertos.

Liamed observó a su hija. Negó.

—Saldremos en dos horas —ordenó.

El silencio no tardó en asolar el lugar.

Ella aceptó las palabras con parsimonia y se retiró de la estancia a paso ligero, y cuando, tal y como se había acordado, dos horas más tarde fueron a avisarla de la partida, la encontraron sola, sentada y tarareando, y su canto inundó el oído de quien la escuchó.

[...]

Las tempestuosas aguas trataron a su barco mejor de lo que ellos pensaron y en 12 días plantaron los pies en tierras del norte. Thae estuvo a punto de arrojar, Liamed dirigió a sus tropas hacia la ciudad y Wendy respiró hondo. El aire caló muy profundamente en su interior y enfrió sus pulmones de la forma en la que ella se había acortumbrado.

—¿Qué ha sido del verano en las islas Carótidas? —preguntó la otra, amohinada y abrazándose a sí misma. No vestía adecuadamente para la temperatura que allí hacía porque, para empezar, nunca le habían avisado del frío que podía encontrarse.

—Aquí ya no es verano — Liamed se giró a mirarla.

Ella no respondió, pero asintió como pudo, algo temerosa. Luego miró a su alrededor.

Los puertos allí eran muy diferentes a los de Vellgradia. Nublado cielo cayendo sobre ellos e instándolos a entrecerrar los ojos, no habían gritos de marineros, si no un silencio espectral solo enturbiado por el graznido de las gaviotas. Las olas rompían contra las rocas y salpicaban en su piel, y el agua, helada, la obligó a apartarse para no ser alcanzada.

Entendió cuando muchas veces atrás oyó hablar a la gente sobre el extraño ciclo estacional que había en aquel lugar, y estaban equivocados. No, no era un ciclo extraño, solo más feroz.

No dijo nada más al respecto.

La marcha se extendió durante varios días y, a cada momento, Thae aprovechó para mirar a su alrededor y guardarlo en su memoria. Pocos sureños salían en su vida entera hacia tierras extranjeras y, de cualquier forma, la otra parte del archipiélago era una opción poco popular.

Las Basílicas ocupaban el prácticamente 75% del archipiélago, y eso significaba que eran más grandes y en ellas habitaba más gente. La mayoría pensaba que las Carótidas, o eran una copia exacta, o una copia un poco más fría y reacia a forasteros.

Pasaron por Molitrea, uno de los centros más grandes que podían haber por esos lares. La ciudad, adormilada como la encontraron, no fue una parada muy larga y hubieron de proseguir.

Cuando Ridbard se extendió frente a ellos, la vista los hizo estremecer. Estaba exactamente igual a como la dejaron.

—No parece una ciudad —ella comentó, tratando de llegar al corazón del asunto.

—¿Por qué? —el hombre preguntó, detenidamente.

Fue él quien resolvió todas y cada una de las dudas que hubo tenido, y no Wendy. La joven de vez en cuando sonreía amablemente en su dirección, pero había algo, se veía gélida e inaccesible como el hielo. Aceptó cada una de las órdenes que Liamed profirió con intacta sumisión y montó su furioso caballo como un augurio de pesar y lamento.

—Porque parece muerta —Thae respondió.

El hombre sonrió lento y apesadumbrado.

—Así es.

Avanzaron a ritmo constante y se cernieron sobre las puertas como hormigas.

—No tenemos ningún plan, padre —la joven hubo de musitar.

—Me temo que necesito verlo con mis propios ojos —su tono que adquirió fue uno ausente y distante —. No tenéis por qué acompañarme. Si Aldor estaba en lo cierto, entonces probablemente me atraparan o me cortarán la cabeza —luego se acercó a la chica, pálida e impoluta como la espuma, y le acarició la mejilla —. Pero Uric y Carrah —sin embargo, ella le interrumpió.

—Iré contigo —y sonó realmente segura —. Si ellos están muertos —hizo una pausa. En sus ojos, nieve y tormenta —, los dioses quieran que no —prefirió terminar la oración con una plegaria y no una amenaza. Por sus hermanos.

Luego caminó hacia la otra chica, y entonces sí pareció impoluta. Como una pequeña muñeca filosa que cortaba en las manos de su dueño.

—¿Y yo? —cuando la tuvo lo bastante cerca, Thae se apresuró a cuestionar.

Ridbard no era su lugar, no cuando en ella habían peligros que no sería capaz de combatir. Por mucho que lamentara la posible muerte de los hermanos de Wendy, embarcarse a una muerte segura por ellos no le resultó una opción formidable.

—Te quedarás con la guardia en la ciudad. Ellos guardarán que nada te ocurra. A una de malas —siguió, a pesar de no gustarle —nadie te reconocerá aquí. Podrías —miró de nuevo a la austera Ridbard durante

largos segundos —comenzar de nuevo.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?, ¿y ya está?, ¿te marchas así sin más? Wendy —la llamó, con voz clara y, tal vez, llameante —si entras ahí, morirás. ¿Es que te da igual?

La nombrada no hizo nada, mas su sonrisa fue suficiente. Bastó para paliar su enfado y confusión, la hizo calmar y cerrar la boca. Su mirada, no definitivamente triste pero si conciliadora, acalló cualquier rebelde protesta.

—La muerte no me da miedo —echó la vista hacia los hombres de su padre—. Sé que esto no era parte del trato, pero hazte cargo de ellos. Al menos, hasta que recibáis noticia de nosotros.

Habría tratado de abrazarla, o tocarla de alguna forma para hacerla entender, hacerla saber que buscaría alguna simple forma de cumplir su promesa. Ella lo haría. Pero no la tocó; no lo hizo porque recordó cómo aquellas veces en las que su instinto la obligó a acercarse, tal vez por necesidad, tal vez por inconsciencia, la joven terminó alejándose. Wendy no supo por qué... pero lo respetó. Así que no hubo ningún abrazo.

Luego se alejó como una borrasca y dejó a Thae mordiéndose la lengua. La ansiedad picando en sus dedos, su muñeca roja de tanta rozadura.

Se quedó sola con el resto de los soldados, igualmente desorientados, que la miraron con cautela.

—Mi señora —aquel hombre con el que habló veces antes, al que llamaban El Pelador -aunque la realidad era mucho más simple: se le daba bien luchar-, se dirigió a ella, buscando alguna indicación.

Y hubo de esperar. Thae, apenas consciente de nada, con la vista perdida tras los pasos de aquellos que ya se habían marchado.

—Yo no soy tu señora —simplemente dijo, para dirigirse finalmente al interior de la urbe, fría y remota.

La siguieron.

[...]

Se hicieron con la ciudad en cuestión de horas. Wendy iba tras él, silenciosa.

—No tengo intención de morir hoy, hija —de pronto se giró a ella —, pero si la suerte no nos sonríe, entonces estaremos perdidos. No quiero que

vengas —hizo una aclaración evidente, angustiado —pero sé que no puedo pedirte lo contrario. Así que quiero que me prometas que si en algún momento tienes que elegir entre salvar mi vida o la tuya, salvarás la tuya.

Posó la firme mano en su hombro, con calidez y delicadeza. Ligera bajo su tacto, la chica no se movió.

—Intentaremos que eso no ocurra —optó por decir. No quiso prometer algo que no estaba segura de poder cumplir.

Liamed pareció conforme.

Frente a ellos, la fortaleza que jamás pensó ver; no de aquella forma. Se levantaba como un titán de dura roca grisácea ante sus ojos, y tras él, el sol despedía a sus últimos rayos, haciéndose la oscuridad con el firmamento y cubriéndolo de luces colgantes.

—Hay varias entradas a partir de aquí. Dudo que las tropas las hayan cubierto; son secretas.

Guió a su hija entre el gentío que caminaba por la ciudad y a su derecha emergió un callejón que se tragaba la luz y la mantenía allí, encerrada tras barrotes invisibles. Al fondo, una pequeña puerta de madera gastada y descolorida. Chirrió cuando la abrieron -a duras penas- y, entonces, más oscuridad.

Los soldados encargados de reavivar la llama de las antorchas, lógicamente no habían pasado por allí en un tiempo. Por fortuna, algunas todavía continuaban vivas. Agarraron una y comenzaron a caminar, Liamed mirando hacia delante y Wendy, hacia atrás.

Para cuando él comenzó a preguntarse cuánto quedaba, divisaron luz tenue colándose por la deteriorada madera de una de las puertas contiguas; el túnel seguía, pero hacia dónde, nunca supieron.

No la abrieron, pero sus pies terminaron posándose lo suficientemente cerca como para escuchar qué había al otro lado. Nada.

Ninguna muestra de vida presente, sólo el espeso silencio acompañado de los silbidos del viento, paseándose entre la piedra.

Atravesaron el umbral. No se sintieron como en casa. No respiraron aire hogareño.

Avanzaron a ágil paso antes de que la voz conocida retorciera sus

intestinos y dejara sus estómagos del revés.

—Bueno, pues consigue que vengan aquí. Es una orden. Si no, pagaréis tú y toda tu familia por ellos.

El tono familiar de Uric se posó en sus oídos y se negó a salir de ellos. Liamed, impaciente y deshecho, trató de apresurarse hacie el lugar de la conversación, pero el tacto impasible de su hija no se lo permitió. Lo agarró como a un conejo y lo asió contra la pared, con poco cuidado.

—No es demasiado inteligente revelar nuestra posición todavía. No sabemos de qué va esto —advirtió, rápida como un halcón.

Pero él no la escuchó.

Se libró de la presión como pudo y prácticamente corrió hasta que la figura de Uric apareció ante sus ojos. El chico estaba ataviado con negra vestimenta y caminaba a paso severo.

—Hijo —pronunció en baja voz, cuando por fin sus miradas se conectaron.

Ocurrió todo lo que él había esperado. En cuanto el contrario salió de la sorpresa, se acercó a él con decisión y lo apresó en un abrazo largo y robusto.

—Padre —estaba emocionado y sonriente —, ¿qué haces aquí?

Pero Liamed no contestó a su respuesta, si no que se dedicó a comprobar su estado, tratando de deducir por qué su hijo estaba en el castillo si las tropas lo habían invadido.

—¿Qué haces tú aquí? —a duras penas consiguió preguntar, tartamudeando —, ¿estás bien?

Uric rió, nervioso.

—Claro, ¿por qué no he de estarlo?

—Tu tío Aldor me avisó que habían tomado la ciudad. Yo —la explicación fue pobre y apresurada —yo pensé que tú y Carrah —se obligó a callar.

El chico hizo presión en sus hombros.

—Tranquilo —comenzó, embaucándolo con el gesto —, estamos bien. Carrah enfermó hace una semana, y está reposando en su habitación. Hace días que no paso a verla —volvió a sonreír, con sorna —pero estoy

seguro de que sigue viva.

—Wendy —entonces Liamed, de manera ansiosa y desperdigada, se giró tras él —Wendy venía conmigo.

—¿Qué?, ¿y dónde está? —Uric, ya serio.

—No —tartamudeó, excitado como estaba —no lo sé. Estaba detrás cuando fui hacia ti.

El brazo del chico lo rodeó. Él, por fin suspirando de alivio. Tanto temió aquello que no era capaz de pronunciar que se estaba volviendo realmente loco. Ordenó sus pensamientos y los puso unos encima de otros, en pilas de importancia y recurrencia.

—No te preocupes de eso ahora, padre. La buscaremos —Uric aseguró.

Lo llevó bajo su brazo charlatán mientras se alejaban del lugar. «Ninguna tropa ha tomado Ridbard» dijo. No mintió.

Todo estaba bien.